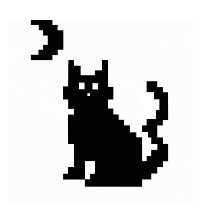

INANIS
Alejandro Varela

I N A N I S

Alejandro Varela

Ediciones Pantera



Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Diseño de la portada de: Alejandro Varela

Impreso en los Estados Unidos de América

"La naturaleza es un equilibrio frágil; aquellos que insisten en alterar sus cimientos, se arriesgan a abrir puertas que deberían permanecer selladas, puertas que conducen al horror más oscuro e inexplicable."

— SABIDURÍA OLVIDADA DE ERATHOS DE LIRA

INANIS

Alejandro Varela

Rods se acurrucaba en el rincón más oscuro de la Duwino, una vieja nave espacial que crujía y gemía como si en cualquier momento fuese a desmoronarse en el vasto vacío del espacio. Tenía las manos sucias de grasa, reflejo de su reciente intento fallido de reparar uno de los muchos sistemas defectuosos de la nave. Con apenas diecinueve años, era el más joven de la tripulación y sin duda, el más inexperto.

El interior de la Duwino vibraba constantemente mientras Rods se abría camino hacia la sección encargada de desplegar el sistema de aterrizaje del módulo de descenso. Las apenas suficientes luces amarillentas parpadeaban, proyectando sombras danzantes en las paredes de metal desgastado. Con cada paso, el joven aprendiz sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, se le había asignado revisar al tren de aterrizaje de aquel módulo, pues estaban próximos a llegar a su destino. Sabía que cualquier fallo podría significar un desastre para la tripulación y peor aún, para él mismo, en este lugar los errores se pagaban caro, en el mejor de los casos recibiría una paliza, en el peor, mejor ni pensarlo.

El compartimento del sistema de aterrizaje estaba localizado en un espacio reducido, lleno de cables colgantes y paneles abiertos que dejaban al descubierto el intrincado entramado de circuitos y mecanismos. Se arrodilló frente al panel de control principal, analizando rápidamente la situación. Las herramientas a su disposición eran pocas: un par de destornilladores, unas pinzas y un viejo soldador de alta energía que a duras penas funcionaba. Además, los materiales necesarios para una reparación adecuada eran prácticamente inexistentes dentro de aquella nave.

—Vamos, Rods, piensa —se dijo a sí mismo, tratando de mantener la calma y encontrar una solución al dilema que se presentaba ante él.

Con manos temblorosas, empezó a trabajar en los componentes, utilizando las pinzas para cortar algunos cables de los delicados circuitos y el destornillador para retirar los tornillos que tenían sujeta la tarjeta de control del mecanismo neumático. Necesitaba quitarla para poder encontrar la falla que a veces impedía que el tren de aterrizaje izquierdo no bajase del todo. Después de unos minutos que bajo aquel sofocante calor le parecieron horas, Rods se dio cuenta de que necesitaba más materiales. Los cables estaban tan desgastados que ya no podían sostener una conexión estable, y algunas partes del mecanismo de despliegue estaban completamente corroídas por la humedad y la falta de un mantenimiento apropiado. Frustrado, dejó las herramientas a un lado y se dirigió al puente de mando, donde sabía que encontraría a Vark.

Al llegar, encontró a Vark revisando unas pantallas. El capitán levantó la vista con una expresión de impaciencia evidente cuando vi entrar a Rods

—¿Qué quieres, granuja? —gruñó, sin disimular su desdén por el recién llegado.

—Capitán, necesito más materiales para reparar el sistema de aterrizaje —dijo Rods con voz firme, aunque su corazón latía con fuerza—. Los cables están demasiado desgastados, las pistas quemadas y algunas piezas del mecanismo están corroídas. Si no consigo los repuestos adecuados, no podré garantizar que funcione correctamente.

Vark lo miró con sus fríos ojos azules, inmutado por aquel reporte.

—¿Y crees que me importa sabandija? —espetó Vark, con voz dura como el acero—. No tenemos tiempo ni recursos para andar buscando repuestos. Hazlo funcionar con lo que tienes o te quedas sin comer otra vez. ¿Entendido?

Rods apretó los dientes, sintiendo una mezcla de temor y desesperación. Asintió sin decir nada y se dio la vuelta, volviendo al compartimento de reparación. Sabía que replicar con cualquier otra

excusa a Vark solo empeoraría las cosas. De vuelta en el estrecho espacio donde se encontraba trabajando, se obligó a pensar en una solución.

—Bien, Rods, es ahora o nunca —se murmuró, tratando de encontrar alguna idea que le permitiese salir de aquel predicamento, tenía mucha hambre y no quería que otra vez le dejasen sin comer.

Revisó nuevamente los componentes disponibles, buscando cualquier cosa que pudiera reutilizar. Encontró un viejo trozo de alambre que aún parecía funcional y decidió improvisar. Usando las pinzas, cortó el alambre en secciones más manejables y empezó a empalmarlo con los cables existentes con destreza. El calor del soldador era sofocante en el pequeño espacio, y el humo que desprendía le hacía lagrimear los ojos. A cada momento, la herramienta que le permitía soldar parecía emitir un gemido, como si estuviera al borde del colapso.

El sistema de aterrizaje, aunque antiguo y maltrecho, era complejo. Rods utilizó el soldador para asegurar los empalmes, tomando cuidado de no sobrecalentar los componentes. Sabía que una soldadura defectuosa podría provocar un fallo catastrófico. Mientras trabajaba, murmuraba mentalmente los pasos, como una especie de mantra que le ayudaba a mantener la concentración. Finalmente, tras lo que parecieron horas de esfuerzo, Rods conectó el último cable y cerró el panel. Tomó un momento para limpiar el sudor de su frente y se dirigió al puente de mando para informar a Vark. Era plenamente consciente de que aunque había logrado estabilizar el sistema de energía, aquella precaria reparación no duraría para siempre. Sin embargo, esperaba con todas sus fuerzas que aquello fuera suficiente para mantenerla en funcionamiento hasta que pudieran regresar a algún espacio-puerto cercano. El plan era simple: llegar a un lugar donde pudieran comprar la refacción de segunda mano que necesitaban desesperadamente.

Guardó aquellas herramientas en su lugar y caminó con pasos rápidos por los estrechos pasillos de la nave, sus botas, atorándose de vez en cuando con alguno que otro tornillo saliente en aquel

suelo metálico. El sonido era familiar para todos aquellos que vivían y trabajaban en la Duwino.

—Capitán, el sistema está reparado. Al menos, debería funcionar para el próximo aterrizaje —dijo, tratando de sonar más seguro de lo que se sentía respecto al remedo de reparación que acababa de realizar.

Vark lo miró con una expresión indescifrable durante unos segundos que a Rods le parecieron una eternidad antes de asentir.

—Bien. Espero que no hayas hecho un desastre. Ahora lleva tu inmundo trasero a tu puesto.

Rods asintió y se retiró tratando de no hacer demasiado ruido que pudiese acarrearle una paliza, se sentía profundamente cansado, pero también orgulloso de lo mucho que acababa de hacer con tan pocos recursos a su alcance.

La Duwino era una nave espacial que había visto días mucho mejores, una reliquia de tiempos pasados que ahora se mantenía unida por remaches, parches y a todo efecto práctico, pura suerte. La nave originalmente construida para servir de transporte de tropas durante las guerras de los cismas, había visto cientos de campos de batalla antes de que cayese en un insignificante planeta, donde algún chatarrero le vio aún potencial latente y eventualmente, medio reparada fue a parar a ser posesión de Vark. Su exterior estaba cubierto de placas de metal abolladas y oxidadas, con manchas de quemaduras y cicatrices de aquellas viejas batallas espaciales para las cuales fue creada. La nave había sido nombrada en honor a un extraño roedor, el duwino, originario de un planeta de baja cuna conocido por su fauna exótica. Estos roedores azulados con manchas ocres eran pequeños, astutos y casi imposibles de atrapar, lo que los hacía un símbolo perfecto para una nave de carroñeros siempre dispuestos a escabullirse de las leyes de la federación. El casco de la Duwino estaba pintado en tonos oscuros, con trazos de un ya casi inexistente y desvaído azul que sumado a los parches de color rojo óxido daban un curioso aspecto de un verdadero duwino.

Los motores de impulso traseros eran grandes y voluminosos, emitiendo un resplandor anaranjado intermitente que delataba su precario estado. Las alas de estabilización estaban cubiertas de grafitis y marcas de reparaciones improvisadas, en la parte superior tenía numerosas antenas, algunas de las cuales eran más decorativas que funcionales.

El interior de la Duwino era un laberinto de corredores estrechos y mal iluminados, llenos de cables colgantes y tuberías que dejaban gotear líquidos de dudosa procedencia. Los pasillos estaban plagados de chatarra y el aire olía a una mezcla de aceite quemado, metal oxidado y sudor rancio. Las paredes, originalmente de un color claro, ahora estaban cubiertas de mugre y manchas, testigos de años de negligencia y uso con poca higiene. El compartimento de carga era una pequeña bodega con techos bajos y mal iluminada, donde se almacenaban los exóticos organismos que eran capturados por la tripulación. Malolientes espacios de distintos tamaños estaban alineadas en filas desordenadas, algunas vacías y otras llenas de los restos dejados por los extraños seres vivos que alguna vez habían pasado por ese espacio, chillando o gimiendo en la oscuridad a la espera de ser entregados a los clientes de Vark. Este lugar era el corazón económico de la nave, donde los carroñeros clasificaban y preparaban a las muestras para su venta en el mercado negro. Por otro lado, las habitaciones de la tripulación eran poco más que cubículos, cada uno con una litera y apenas espacio suficiente para moverse. Los miembros de la tripulación decoraban sus espacios con objetos personales, pero el ambiente era siempre sombrío y claustrofóbico. Rods, siendo el más nuevo, tenía la peor de las habitaciones, una hamaca ubicada cerca de la sala de motores, donde el ruido y las vibraciones podían robar la sanidad mental de cualquiera después de días de viaje. Aquella sala de motores era un infierno de calor y ruido. Los reactores nucleares zumbaban peligrosamente y las alertas saltaban en las consolas de control como si en cualquier momento fueran a explotar. El segundo al mando y mano derecha del capitán, Grul, solía dar sonoras

pisadas cada vez que pasaba por aquel lugar, más para molestar a Rods por su propia diversión que por alguna razón práctica.

El puente de mando, situado en la parte delantera de la nave, era un espacio reducido y abarrotado de paneles de control antiguos y pantallas que parpadeaban constantemente con lecturas inestables. Los asientos de los pilotos estaban desgastados y remendados con cinta adhesiva, y el parabrisas frontal tenía varias fisuras que habían sido reparadas de forma improvisada con parches que limitaban parcialmente la visibilidad. Desde aquí, el capitán Vark dirigía a su tripulación con mano firme, siempre vigilante de cualquier amenaza u oportunidad que pudiera surgir en su camino. La Duwino, a pesar de su condición deplorable, tenía un carácter propio. Era una nave que había sobrevivido a innumerables peligros y aún a pesar de todo ello, seguía adelante.

Vark era una figura imponente, tanto en presencia física como en autoridad. Tenía una altura considerable, alrededor de dos metros, y una complexión robusta que hablaba de años de entrenamiento y combate. Su rostro era la definición misma de la rudeza, con pómulos altos y afilados que le daban una apariencia casi esquelética. La piel curtida y marcada por cicatrices narraba historias de innumerables enfrentamientos y peleas ganadas. Sus ojos eran de un tono azul helado, casi inhumano, y parecían perforar a cualquiera que se atreviera a mirarlo directamente. Esos ojos, fríos y calculadores, rara vez mostraban emoción, y cuando lo hacían, era solo para expresar desdén o desprecio. La mirada de Vark podía hacer que incluso los miembros más duros de la tripulación, como Grul, se encogieran de miedo.

El cabello de Vark era corto y de un gris acerado, peinado hacia atrás de manera que acentuaba la severidad de sus facciones. Llevaba una barba corta y pobremente recortada, que junto con su mandíbula cuadrada, le daba una apariencia de líder indiscutible. Siempre vestido con un traje de combate oscuro, reforzado con placas de metal en puntos estratégicos, estaba preparado para cualquier eventualidad, una representación de su enfoque militarista.

En su cinturón, Vark llevaba un arsenal de armas: una pistola de meca-impacto, un serrado cuchillo de supervivencia que ni siquiera al dormir abandonaba y un par granadas de plasma, siempre al alcance de su mano colgando de su cinturón. Pero su arma más temida era su intelecto. Vark era tan astuto como peligroso. Su mente funcionaba como una máquina, analizando cada situación con una precisión fría y calculadora. Sabía cuándo apretar las tuercas y cuándo aflojarlas, y no dudaba en utilizar la fuerza bruta o la manipulación psicológica para mantener el control de la tripulación.

Había algo en su presencia que imponía respeto, incluso entre los individuos más brutales y despiadados de la tripulación, que no eran pocos, lo que ya de por sí decía mucho del líder. Vark no solo era el líder de los carroñeros de la Duwino; era el corazón oscuro de su operación. Cada decisión que tomaba poseía una mezcla de brutalidad y estrategia, asegurando la prosperidad de su banda, más por conveniencia que por camaradería. Rods había oído rumores sobre Vark antes de unirse a la tripulación, historias de su pasado como soldado en las guerras de los cismas, de cómo había traicionado a sus propios compañeros para salvarse a sí mismo y cómo había ascendió al poder a través de una combinación de ingenio y crueldad. Vark era el tipo de líder que no permitía errores y no otorgaba segundas oportunidades. Para él, la debilidad era inaceptable, y la cobardía era castigada con la inmediata ejecución si el pobre desgraciado tenía suerte, pero si el flagrante cobarde era abandonado por la dama fortuna, el castigo podría ser indescriptible. Rods había soñado con la vida en el espacio desde que tenía memoria, pero nunca imaginó que terminaría en una situación tan complicada después de una serie de decisiones que le habían llevado a este sitio. No era un santo, pero en comparación con los demás miembros de la tripulación, parecía un ángel. Aunque desde que tenía memoria, cada día había sido una lucha por sobrevivir entre hombres y mujeres endurecidos por años de vida al margen de la ley en su planeta natal, nada de eso le había preparado para la vida que había decidido adoptar como tripulante de la Duwino.

—¡Eh, novato! —gritó Grul, el corpulento primer oficial, un hombre con cicatrices que cubrían su rostro y manos como tenazas de acero —. ¿Todavía no has terminado con ese condensador? Si no arreglas eso, nos vamos a quedar varados en medio de la nada. ¡Muévete!

Rods apretó los dientes y asintió, tratando de ignorar el tono despectivo en la voz de Grul. Se levantó de su rincón y volvió a la tarea, consciente de las miradas de burla que le lanzaban los otros miembros de la tripulación. Entre ellos estaba Zira, una contrabandista de mirada fría y calculadora; Dares, un piloto con una interminable lista de delitos y por supuesto Vark quien también iba llegando a aquella sala.

—No te preocupes, zoquete —dijo Zira con una sonrisa sarcástica —, si fallas, te dejaremos flotando en el espacio. Al menos serás útil como basura espacial.

Rods no respondió, concentrándose en el trabajo. Sabía que su posición en la Duwino era precaria y que un solo error podría costarle la vida. Sin embargo, había algo en su interior que le impedía rendirse, una voluntad nacida de años de lucha en las calles de su planeta natal. La nave tembló de nuevo, y Rods maldijo por lo bajo. Finalmente, logró ajustar el condensador y los sistemas de la nave volvieron a encenderse con un suave pitido. Se limpió el sudor de la frente y se permitió un breve suspiro de alivio.

—¡Listo! —anunció, esperando algún tipo de reconocimiento.

Grul gruñó algo ininteligible, mientras los demás seguían con sus pensamientos. Nadie le agradeció ni le felicitó, pero Rods no esperaba otra cosa. Sabía que en este juego, cada uno estaba por su cuenta. Las luces parpadeaban junto al intermitente ruido de los sistemas de soporte vital era el único sonido que se escuchaba mientras los miembros de la tripulación se reunían alrededor de la mesa central. Vark estaba de pie al frente, su imponente figura proyectando una sombra alargada sobre los demás. Zira, a su lado, observaba a cada uno de los presentes con una mirada de desdén.

Rods, sentado en una esquina, apretujado entre los sudorosos cuerpos que saturaban aquel punto, sentía que por alguna razón no pertenecía a aquel lugar, pero se había quedado sin opciones para escabullirse de aquel lugar cuando el resto de los otros tripulantes, algunos de los cuales recordaba más las palizas que le propinaban que sus nombres. Sabía que algo grande se avecinaba, algo que podría cambiar el curso de sus vidas en la Duwino. Los otros miembros de la tripulación, incluyendo a Dares, quien estaba particularmente atento, también estaban deseosos de saber más, esperando las palabras de su líder.

Vark comenzó a hablar, con aquella autoritaria voz que le caracterizaba.

—Escuchen bien, porque no voy a repetirlo —dijo, mientras sus ojos azules recorrían a los presentes en aquella sala—. Tenemos una misión que es tanto peligrosa como extremadamente lucrativa. Vamos a visitar un planeta que la Federación ha preferido mantener oculto, un planeta prohibido cuya existencia pocos conocen.

Hubo un murmullo de sorpresa entre la veintena de miembros de la tripulación. Rods particularmente se inclinó hacia adelante, intrigado, con la esperanza de poder escuchar tantos detalles como pudiese captar, la aventura por lo desconocido le fascinaba y la palabra prohibido generalmente conllevaba algo interesante o valioso.

—Nuestro objetivo —continuó Vark— es recolectar tantas muestras de una planta llamada Inanis como sea posible. Esta planta, según se nos ha indicado, es extremadamente rara y valiosa y el pago que obtendremos por ella es en pocas palabras de una cifra exorbitante.

Zira dio un paso adelante, tomando la palabra.

—Tenemos un cliente —dijo con su helado tono habitual—. Un sujeto con alto cargo en el gobierno de la federación, es nuestro cliente, tuvo la amabilidad de proporcionarnos las coordenadas para encontrar este planeta. Hemos sido instruidos de obtener particularmente las semillas de este espécimen, una vez que lleguemos les daré la descripción de aquello que buscamos.

Obviamente, el cliente quiere la planta para sus propios fines, no nos importa para que propósito, pero está dispuesto a pagar una suma considerable por ella que es lo único que nos interesa, al fin y al cabo siempre hay locos que pagan considerables cantidades por los más extraños organismos de todos los rincones de la galaxia.

Una vez hubo terminado de hablar, el impacto de sus palabras se sintió en la sala cuando aquellos rufianes gritaron de emoción al unísono, emocionados por la promesa de obtener un pedazo de aquella jugosa paga prometida. Rods sabía que conseguir un cliente tan influyente era un golpe de suerte, pero también implicaba un riesgo mayor. Zira era particularmente hábil en cuanto a las negociaciones de los trabajos que Vark tomaba, pero algo le decía que debían andar con cuidado, la Federación no se tomaría a la ligera una incursión en un planeta prohibido.

—Las coordenadas están encriptadas en esta unidad —dijo Zira, levantando un pequeño dispositivo—. Solo el capitán y yo tenemos acceso a ellas. La misión será peligrosa, no solo por la Federación, sino también por los posibles peligros en el propio planeta que debe estar prohibido por algún motivo. Pero no lo olviden, las recompensas superan los riesgos.

Vark tomó la palabra de nuevo.

—Llegaremos a ese planeta en tres días. Quiero que todos estén preparados. Dares, asegúrate de que la nave esté lista para cualquier eventualidad. Grul asegúrate de cargar las armas, no sabemos que peligros puedan estar latentes en ese lugar, tal como ella dijo; es un planeta prohibido por algo. No podemos permitirnos fallos en esta misión.

Dares y Grul asintieron sin mediar palabra usando solo la cabeza.

—Prepárense, no sabemos lo que encontraremos —continuó Vark —. Una vez lleguemos al planeta, estableceremos un perímetro de seguridad y comenzaremos la recolección de las muestras de Inanis. No habrá margen para errores. La Federación podría estar

vigilando aquel sitio y cualquier señal de nuestra presencia podría atraer atención no deseada.

Zira añadió, mirando a cada uno de los presentes.

—Este es nuestro momento. Si completamos esta misión con éxito, los beneficios serán inmensos. No solo en términos de créditos, sino también en reputación. Demostraremos que somos los mejores en lo que hacemos.

La tripulación emocionada, nuevamente vociferó al unísono en acuerdo. Rods sentía una mezcla de miedo y emoción. Sabía que esta misión era su oportunidad para demostrar su valía, para ser algo más que el novato de la Duwino.

—Bien —dijo Vark, terminando la reunión—. Tienen sus órdenes. Prepárense. Nos adentramos en territorio prohibido, y no habrá segundas oportunidades.

Mientras la pequeña corbeta de guerra surcaba el espacio bajo el manto del más absoluto secreto, el capitán Isikore Souz repasaba mentalmente cada detalle de la misión. La nave en la que viajaban, oscura y silenciosa, era una corbeta de antepenúltima generación, equipada con avanzados sistemas de camuflaje para evitar ser detectados, era un reflejo de la naturaleza encubierta de su operación secreta. A bordo, solo viajaban él y su selecto grupo de ataque, ni siquiera había sido equipada con el usual copiloto digital. Su objetivo: cazar a una pandilla de traficantes que ahora poseían la información sobre la ubicación del misterioso planeta Filori-4, una información que, de acuerdo a la sesión informativa en la que habían recibido sus órdenes, había sido filtrada por un individuo de alto rango político. En el corazón de aquella nave, una tenue luz azul iluminaba la sala de reuniones. Los soldados, cada uno con rostros curtidos por la experiencia, producto de cientos de exitosas misiones, se sentaban alrededor de una mesa holográfica. Souz, el líder del grupo, se levantó mostrando una figura imponente proyectando autoridad y caminó hacia el centro. Con años de experiencia en combate y una nada deleznable trayectoria, su

capacidad de líder para tomar decisiones rápidas y efectivas bajo presión era insuperable. Sus habilidades en combate cuerpo a cuerpo y vasto conocimiento de tácticas militares eran esenciales. El capitán miró a sus soldados con orgullo, cada uno de los miembros de aquel equipo con sus habilidades únicas se complementaban a la perfección. Sabía que, juntos, podrían enfrentar cualquier misión que el gobierno de la Federación les presentara. La misión que tenían por delante sería difícil, pero con este equipo, Souz estaba seguro de que tenían una oportunidad real de éxito.

—Escuchen bien —dijo el líder, con autoritaria voz—. Esta misión es de máxima prioridad. Nuestro objetivo no es el agente que filtró la información, sino los traficantes que fueron contratados por dicho individuo. Nuestra meta es asegurarnos de que esas sabandijas no escapen de su destino, exterminación absoluta, cero testigos.

Lian, siempre pragmática, intervino. —Capitán, ¿sabemos cuántos traficantes enfrentaremos y qué tipo de armamento poseen? —Lian, la más joven del equipo y recién añadida desde otro pelotón apenas y tenía la experiencia necesaria para esta clase de misiones, pero destacaba por su aguda mente y su capacidad innata para la estrategia, cualidad que había llamado la atención de Souz y que le había otorgado el boleto de entrada a este comando. Sus ojos claros y movimientos rápidos reflejaban una precisión y eficiencia que había salvado al equipo en un par de ocasiones.

—Tenemos informes de inteligencia que indican que son un grupo pequeño, pero bien armado —respondió Souz—. No podemos subestimarlos. La información sobre Filori-4 es invaluable, y harán lo que sea para proteger aquello que obtengan de ese planeta. Sepan que no será fácil, pero es vital para la seguridad de la federación.

Garek, con su rostro marcado por algunas cicatrices, se cruzó de brazos. —No importa cuán bien armados estén. Hemos enfrentado situaciones peores. ¿Cuál es el plan una vez que localicemos a los traficantes?

—Nuestro enfoque será de sigilo y con un preciso golpe debemos acabar con ellos, no podemos permitir la más mínima oportunidad de que se escapen. Entraremos al área de detección efectiva usando las capacidades de sigilo de esta corbeta, ni siquiera los sensores orbitales del planeta Tierra nos verían llegando así que es nuestra ventaja, saldremos del holo-espacio en este punto —dijo Souz, señalando el mapa holo-espacio-gráfico que mostraba su ruta de infiltración—. Thal, necesitaré que trabajes en desactivar cualquier sistema de seguridad que podamos llegar a encontrar, no sabemos que podría esperarnos en aquel sitio. Lian y Garek, ustedes se encargarán de neutralizar a los sistemas de armamento con los que su nave pueda contar, crear una distracción si es necesario para lograr el objetivo. Garek, con su robusta presencia y cicatrices producto de muchas batallas, era el especialista en armamento pesado. Su fuerza sobrehumana y su conocimiento enciclopédico rozando en el fanatismo de las armas le permitían convertir cualquier objeto en un arma letal. Aunque callado, su destreza con explosivos y capacidad para improvisar bajo presión habían probado ser esenciales en combate.

Thal, ajustando su equipo de herramientas, asintió. —Tengo todo lo necesario para hackear los sistemas de defensa planetaria en caso de que nos detecten. Nos abriré paso—. Thal, con su figura delgada y manos rápidas, era el brillante ingeniero de combate del equipo. Podía reparar cualquier cosa, desde sistemas de navegación hasta la maquinaria más simple. Su dominio de la tecnología de la federación y su habilidad para adaptarse a las más variadas tecnologías lo hacían indispensable. Además, Thal era un hábil piloto, capaz de maniobrar la nave en cualquier situación, cualidad que le había ganado la admiración de Lian quien le había agarrado cierto afecto.

—Capitán, ¿cuál es exactamente nuestro objetivo esta vez? —preguntó Lian levantando la mano con curiosidad —. ¿Por qué es tan secreto ese lugar? Nunca antes lo había visto en las cartas de navegación estelar.

—Se trata de una filtración interna —respondió Souz, esperando esa pregunta—. Cierto individuo parte del gobierno ha intentado obtener un espécimen altamente ilegal. Este organismo proviene de un planeta vetado por la federación, un lugar que con el tiempo fue envuelto en leyendas hasta que finalmente fue olvidado o al menos eso es lo que se intentó.

En este punto, al presionar un botón del dispositivo que estaba apoyado en la mesa, se proyectó la imagen de un individuo en una sucia sala que presentaba una deficiente iluminación. En la proyección se apreciaba al sujeto atado a una incómoda silla, su peinado parecía ser uno de esos elegantes que solo los ricos podrían costear, pero ahora estaba desaliñado haciendo juego con una multitud de los vestigios de una paliza recién recibida. En la imagen, otro sujeto, con uniforme militar se acercaba para hacer lo que aparentemente era la continuación de un violento e inaudible interrogatorio, pues inmediatamente el sujeto de uniforme, le propinaba una serie de puñetazos adicionales al ya de por sí maltrecho rostro de aquel individuo quien procedía a escupir una mezcla de saliva, sangre y lo que pareció un diente. El silencioso interrogatorio claramente había sido grabado para que no se escuchara absolutamente nada de lo que allí se hablaba, pero ciertamente, a pesar de que definitivamente se desarrollaba en una instalación militar oficial, daba un aire de ser algo clandestino, lo que a todo efecto práctico lo era.

—Nuestro fino informante, a pesar de pertenecer a uno de los cargos más pomposos que puedan imaginar, ha incurrido en un crimen imperdonable —, declaró Souz mientras la proyección de aquel interrogatorio continuaba observándose detrás de él—, aparentemente encontró cierta información altamente clasificada en los archivos de la federación, información que filtró a los individuos que son objetivo de nuestra misión. Les pidió algo que no podemos permitir que cumplan, está terminantemente prohibido que esos indeseables escapen y puedan filtrar aún más esa información

Los murmullos llenaron la sala mientras el equipo asimilaba la información. Garek, frunciendo el ceño, fue el siguiente en hablar.

—¿Y nuestra misión es detenerlos antes de que consigan su objetivo?

—Exacto —asintió Souz—. Si estos carroñeros obtienen lo que codiciaba aquel político, podría alterar el equilibrio de poder en toda la federación. Nuestra misión es clara: acabar con ellos antes de que lleguen, si no es posible, deberemos infiltrarnos en Filori-4, encontrar aquellos individuos y asegurar que no tengan posibilidad de salir con vida de ese lugar.

—¿Cómo llegamos a Filori-4 si está perdido en los registros? —preguntó Lian rompió el silencio que se había instaurado en aquella sala.

Souz quitó la proyección y activó nuevamente la mesa holo-espacio-gráfica, mostrando un mapa estelar con un punto rojo intermitente.

—Tenemos coordenadas aproximadas gracias a antiguos registros. Llegaremos en dos horas, antes de llegar les daré más información pero, prepárense para lo peor.

Zira caminaba por los estrechos pasillos de la Duwino con una elegancia letal digna de un dephiret, animal reconocido por su letal sigilo, su figura esbelta iba envuelta en un traje oscuro que resaltaba su autoritaria figura. Aunque su apariencia fría y calculadora era suficiente para intimidar a la mayoría, Zira era mucho más que una cara bonita con un filo de peligroso misterio. Era la encargada de los contactos y negociaciones con los “clientes”, donde su inteligencia aguda y habilidades de manipulación la convertían en un pilar fundamental para la operación de los carroñeros espaciales. Los contactos de Zira abarcaban una vasta y oscura red de traficantes, mercenarios y oficiales de la federación corruptos. Con un carisma helado y una mente estratégica, podía leer a las personas y entender sus motivaciones con una precisión escalofriante. Era capaz de manipular y sobornar a los oficiales quienes fuese

necesario para asegurarse de que la ley hiciera la vista gorda ante las operaciones ilícitas de la Duwino, asegurándose de que cada transacción, cada trato, estuviera meticulosamente planeado y ejecutado bajo su supervisión.

No mucho tiempo después de haberse unido, mientras Rods había quedado dormido en el compartimento de carga a mitad de una tarea, se despertó al escuchar una conversación entre Zira y uno de sus contactos más recientes. Se encontraba escondido detrás de una pila de jaulas vacías escuchando.

—No me interesa cuánto te estén ofreciendo los otros —decía Zira, con tono inmutable—. Nosotros tenemos lo que necesitas, y sabes que nuestra mercancía siempre es de primera. Pero si quieres hacer negocios con nosotros, será bajo nuestras condiciones.

Hubo un murmullo de protesta del otro lado de la línea, pero Zira lo interrumpió bruscamente.

—O aceptas el trato, o te aseguras de que la Federación no se entere de tus pequeños negocios paralelos. Créeme, tengo contactos que estarían muy interesados en saber lo que haces cuando no estás bajo su radar.

El silencio que siguió del otro lado de la línea dijo más que si hubiesen sido palabras y Rods supo que Zira había ganado otra vez. La llamada terminó y Zira se giró, encontrándose con la mirada de Rods quien había emergido de su escondite sin darse cuenta.

—¿Disfrutando del espectáculo, novato? —preguntó con una ceja levantada.

Rods tragó saliva y negó rápidamente, volviendo a su trabajo. Pero no podía dejar de admirar cómo aquella mujer manejaba sus negocios con una precisión quirúrgica. Aquella pequeña muestra le había dejado en claro que ella era una parte esencial de la maquinaria que mantenía a la economía de la Duwino funcionando.

Por otro lado, Dares, el piloto de la nave, era un hombre de mediana edad con una complexión fuerte y un semblante severo. Aunque su

principal responsabilidad era pilotar la Duwino a través de los peligros del espacio, también era conocido por sus excepcionales habilidades culinarias. Dares había aprendido a cocinar en los confines oscuros de una prisión, donde la comida era tan mala que decidió mejorarla con lo poco que tenía a mano.

Desde que Rods se había unido a la tripulación, Dares había delegado la tarea de cocinar al joven aprendiz. No porque no disfrutara de la cocina, sino porque su tiempo se veía consumido por las constantes maniobras necesarias para usar rutas alternativas a las rutas seguras. A pesar de su dureza exterior, Dares había resultado ser la persona que castigaba menos a Rods, siempre encontraba tiempo para enseñarle algunos trucos culinarios, aunque de una manera brusca y sin mostrar mucho aprecio.

—Si vas a sobrevivir aquí, al menos aprende a hacer una sopa decente —gruñó Dares una tarde mientras cortaba vegetales en la pequeña cocina de la nave.

Rods observaba con atención, tratando de seguir el ritmo de Dares. Sabía que en una nave como la Duwino, las comidas eran una de las pocas cosas que podían aportar un poco de consuelo en medio del caos.

—Y recuerda, novato, no importa lo que te digan, una buena comida puede calmar incluso al más furioso de los hombres —dijo Dares con nostalgia cruzando brevemente su rostro.

La cocina de la Duwino era pequeña y rudimentaria, pero Dares lograba crear platos que, aunque sencillos, eran sabrosos. Utilizaba ingredientes básicos y a veces, incluso componentes reciclados de las raciones. Rods se esmeraba en seguir sus instrucciones, sabiendo que una comida mal preparada podía ser la chispa que desatara sobre él la furia de la tripulación. El trato horrible que soportaba día tras día, las amenazas de Vark y los constantes vapuleos, todo eso era un precio que estaba dispuesto a pagar con el objetivo de alcanzar un solo sueño: escapar del planeta miserable que lo había visto nacer y alcanzar un lugar que solo había

escuchado en leyendas y cuentos que los viajeros contaban en las tabernas.

Desde que tenía memoria, Rods había escuchado maravillosas historias sobre un planeta llamado Tierra, muy opuesto a su planeta natal, el cual era considerado por la Federación como un nido de ladrones y pillos, donde la vida era una constante lucha por la supervivencia. En su mundo natal, las calles estaban llenas de violencia y solo los más aptos podían sobrevivir, los sueños eran un lujo que pocos podían permitirse. Pero para Rods, las increíbles historias sobre la Tierra eran una luz de esperanza en medio de aquella miserable y oscura existencia que había tolerado durante diecinueve años.

Le habían contado que la Tierra era un portentoso sitio sin igual, un planeta donde las más increíbles maravillas tenían lugar. Según las historias, era un mundo de oportunidades, un privilegiado emplazamiento donde cualquiera podía cumplir sus sueños. Rods había escuchado que hasta el más pobre podía hacerse rico, que en la Tierra, la ventura estaba al alcance de todos aquellos que tuvieran la suerte de llegar allí.

Esas historias eran lo que mantenía a Rods en marcha. Cada vez que Vark lo castigaba durante días sin comer, se aferraba a la idea de que algún día podría dejar atrás la Duwino y encontrar su camino hacia la Tierra. Su deseo de ver aquel planeta, de caminar por sus calles y respirar su aire, era lo que le daba la fuerza para soportar el maltrato y seguir adelante. Siendo un chiquillo había escuchado rumores de que algunas naves de traficantes, como lo era la Duwino, que frecuentemente llevaban cargamentos de dudosa legalidad entre planetas. Estas misiones eran extremadamente raras y peligrosas, pero para Rods, representaban la mejor oportunidad de su vida, por lo que una vez que tuvo la edad suficiente suplicó por ser admitido. La Duwino era conocida por sus actividades ilícitas y no sería descabellado pensar que en algún momento podrían recibir un encargo que los llevara a la Tierra. Desde un inicio se había decidido: si alguna vez la nave llegaba allí, él aprovecharía la

oportunidad para fugarse y buscar una mejor vida. El trato que recibía en la Duwino era horrible, pero para él, soportarlo era un sacrificio necesario. Cada día que pasaba, cada tarea ingrata que completaba, lo veía como un escalón más hacia su objetivo final. Su rol en la nave no era más que una etapa en su plan, un paso de varios que eventualmente lo llevarían a la Tierra y a las oportunidades con las que siempre había soñado.

Desde que había abordado la Duwino, a riesgo de ser atrapado y expulsado por la esclusa de presión, había estado acumulando en secreto una pequeña reserva de suministros esenciales. Tenía escondidos algunos pocos créditos, un mapa de la Tierra que había comprado con algún mercader y un dispositivo de comunicación portátil que había robado de la caja de repuestos de la nave y reparado en secreto.

Rods a veces se permitía soñar despierto. Imaginando cómo sería llegar a la Tierra, cómo sería ver aquel legendario cielo azul y la abundante agua llamada mares, cosas que solo conocía por descripciones vagas y antiguas holo-imágenes. Se veía a sí mismo caminando por las bulliciosas calles de una gran ciudad, rodeado de edificaciones que llegaban hasta las nubes y gente de todas partes de la federación, no solo los patanes que visitaban su mundo natal. En su mente, podía visualizarse como uno de aquellos terranos.

—Algún día —se dijo en voz baja—. Algún día estaré allí.

Esa promesa a sí mismo era lo que le daba fuerzas para continuar. Sabía que la misión al planeta prohibido podría acercarlo un paso más a su sueño. Si lograban recolectar las muestras de la semilla Inanis y completar la misión con éxito, las recompensas podrían ser suficientes para que Rods finalmente tuviera la oportunidad de buscar su camino hacia la Tierra. Pero aquello podría no ser suficiente, a riesgo de ser ejecutado, intentaría llevarse en secreto una pequeña parte de esas semillas, después de todo alguien podría pagar bien por eso. Era su ancla, su motivación, y lo que lo mantenía aferrándose a aquella precaria vida.

Todos estaban completamente asombrados mientras la nave se acercaba al planeta supuestamente prohibido. La tripulación de la Duwino compuesta por individuos generalmente fríos y endurecidos por las experiencias de una difícil vida, habiendo visitado decenas de mundos, ahora se apretujaban en la pequeña ventana del puente de mando, tratando de obtener un mejor panorama de la enigmática vista frente a ellos. Rods, aunque era el más joven y menos experimentado, se encontraba tan fascinado como los demás, no tanto por su evidente inexperiencia, sino porque realmente la vista que se desplegaba ante su vista era realmente fascinante. El planeta que se presentaba ante ellos no se parecía a nada que hubiera visto o imaginado. No daba la apariencia de ser un mundo de muerte, sino que también daba la impresión de haber sido devorado desde el interior por una colosal fuerza. Los enormes agujeros en su superficie eran evidencia de alguna catástrofe inimaginable, como si una miriada de gusanos de proporciones titánicas hubiesen cavado una y otra vez a través de su corteza hasta el mismísimo núcleo, dejando como evidencia profundas cicatrices circulares.

No había duda de que incluso el mismo capitán, endurecido a través de batallas en decenas de los más variopintos mundos, en estos momentos estaba igualmente embelesado por la visión que se desplegaba ante sus atónitas y dilatadas retinas azules, ojos que normalmente irradiaban una frialdad implacable, ahora anonadados de asombro y confusión por aquella visión que su mente intentaba procesar.

—Nunca había visto algo así —murmuró Vars para sí mismo, pero Rods alcanzó a escucharle.

Los agujeros eran masivos, algunos tan grandes e insondables que fácilmente podrían medirse en términos de una considerable fracción del diámetro del planeta. Desde el espacio, en la Duwino podían observar claramente estas profundas y oscuras cicatrices que parecían extenderse hasta las mismas entrañas de aquel mundo aparentemente agonizante. Los huecos más pequeños,

aunque numerosos y distribuidos de manera caótica, también contribuían a la sensación de desolación, muerte y misterio que emanaba de aquel cuerpo celeste, desatando una visceral inquietud en las mentes de los testigos. Aquellos orificios podían ir desde los más pequeños y superficiales hasta los de profundidades abisales de pesadilla que creaban una serie de amenazantes cavernas cuyo único propósito parecía el querer devorar todo rastro de luz.

Zira, siempre con expresión impasible, ahora también parecía afectada por aquella vista, con su rostro ahora denotando una profunda curiosidad.

—Esto… esto es más de lo que esperaba —dijo Zira, rompiendo el sepulcral silencio que allí reinaba—. Así que esto es lo que la Federación no quería que nadie viera. Ahora veo que razones no les faltaban.

Dares, que había dejado los controles de la nave que se acercaba rápidamente en modo automático, se enfocó completamente en la ventana de la cabina, igualmente sorprendido.

—Esos agujeros… parecen demasiado precisos para ser naturales —observó Dares—. ¿Qué demonios ocurrió aquí?

El planeta se extendía ante los ojos de ese variopinto grupo como una esfera irregular y perforada. La superficie, en su mayoría de un tono gris pálido y desolado, estaba salpicada por una infinita cantidad de agujeros de diversos tamaños en algunas secciones, dejando entrever pequeños espacios de verde vegetación que aún sobrevivía en aquel lugar. Aquellos orificios se abrían en la corteza del extraño planeta, algunos con bordes lisos que casi parecían haber sido pulidos, mientras que otros eran horriblemente irregulares y dentados, como si una fuerza inconmensurable, en un ataque de iracunda anarquía hubiera arrancado fragmentos del terreno. Desde la posición en la que se encontraban, la escena era completamente impactante, no se parecía a nada que ninguno de ellos hubiese visto antes. Los agujeros se extendían en todas direcciones, creando una apariencia de fragilidad, como si la

ahuecada estructura del planeta estuviera a punto de desmoronarse en cualquier momento, colapsando bajo su propia gravedad. Algunos de estos orificios estaban tan profundos que la débil luz de su estrella madre, que aún lograba alcanzarles, se colaba a través de estos abismos, proyectando sombras largas e inquietantes que acentuaban la sensación de vacío y desolación que reinaba en aquella zona.
Al acercarse más, se podía ver que algunos de los agujeros más pequeños eran tan profundos que sus fondos podrían llegar a perderse en una insondable oscuridad, mientras que otros apenas arañaban la superficie, formando cráteres poco profundos. Las paredes de estas aberturas eran a menudo escarpadas, cubiertas de estratos geológicos que contaban historias de eras pasadas.

Rods, a pesar de su fascinación, no podía dejar de pensar en este trabajo, podría ser su llave de escapatoria. Sabía que debía centrarse en recolectar las muestras solicitadas por el cliente, pero el misterio del planeta continuaba siendo una poderosa distracción, jamás en sus más alocados sueños imaginó que un planeta así pudiese existir y se preguntó si aquellos enormes agujeros podrían representar algún peligro para ellos.

Vars, aún algo embelesado, pero intentando recuperar su compostura, se volvió hacia la tripulación.

—¡Sabandijas! No olviden por qué estamos aquí. Necesitamos esas muestras de Inanis, y debemos actuar rápido. Este planeta es prohibido por un motivo y parece que acabamos de descubrir la razón, no deberíamos quedarnos más de lo necesario, bajemos por ellas y larguémonos cuanto antes.

—Deberíamos encontrar muestras del organismo en la superficie —dijo Zira, tomando su tableta para revisar las coordenadas y los detalles de la misión—. Tendremos que descender y encontrar un lugar seguro para aterrizar, hay una alta probabilidad de que en aquellas zonas verdes podamos encontrar las semillas.

Rods sintió un escalofrío recorrer su espalda al pensar que tendría que adentrarse en uno de aquellos enormes agujeros, le causaba cierta repulsión de hecho. Sin embargo, esperaba que no llegase a suscitarse aquel escenario en el que le mandarían a él a descender por uno de aquellos huecos. Su idealización por usar esto como un punto de partida para una nueva vida le instó a mantenerse firme sacando temple de quién sabe donde, pero estaba seguro de que esta misión podría acercarlo un paso más a su sueño de llegar a la Tierra.

—Prepárense para el descenso —ordenó Vars—. Rods, asegúrate de que el sistema de aterrizaje esté listo. No podemos permitirnos ningún fallo o te colgaré por ello.

De repente, las luces de emergencia parpadearon y el espacio al interior de la nave se llenó de una ensordecedora alarma. Vark gritó algo ininteligible mientras corría a afianzarse firmemente de los controles de la Duwino en sus poderosas manos.

Justo cuando la corbeta salió del sub-espacio, el equipo se encontró frente a una visión extraña y aterradora a partes iguales. El planeta Filori-4, objetivo de su misión, se desplegaba ante ellos en la oscuridad del espacio, pero no era como nada que hubieran visto antes. El planeta estaba plagado de enormes agujeros que lo hacían parecer la madriguera de un snisher, ese peculiar animal que, usando sus poderosas mandíbulas, cavaba numerosos y caóticos agujeros en la corteza de los árboles hasta dejarlos llenos de perforaciones como si hubieran sido impactados por cientos de proyectiles. Aquella extraña visión que se desplegaba ante ellos estaba adornada por una serie de escombros y pequeños asteroides que estaban flotando en la órbita de aquella esfera devorada.

—¿Qué diablos…? —murmuró Garek, mirando con incredulidad a través de la ventana.

—Es como si el planeta estuviera siendo devorado desde dentro —dijo Lian, con fascinación y horror a partes iguales.

Souz observó en silencio, tratando de entender que demonios podría haber sucedido en aquel sitio. Filori-4, el olvidado planeta envuelto en prohibidas leyendas, parecía estar en un estado de destrucción perpetua. Los agujeros, muchos del tamaño de ciudades enteras, se extendían por toda su superficie, algunos de los más grandes podrían llegar a ser de escala continental.

—Thal, escanea el planeta. Necesitamos saber qué demonios sucede con esos agujeros, busca si nuestro objetivo se nos ha adelantado —ordenó Souz, tratando de mantener la calma.

—Escaneo en progreso, capitán. Esto puede tardar un poco, la estructura del planeta es muy inusual—. Respondió mientras rápidamente comenzaba a trabajar en la consola de navegación.

—Capitán, si el planeta está en este estado, las condiciones en la superficie podrían ser extremadamente peligrosas. Necesitamos estar preparados para lo peor, esos agujeros no parecen naturales. Podrían ser resultado de algún tipo de actividad minera o de una tecnología que desconocemos. Debemos ser extremadamente cautelosos—. Dijo Nyssa, quien con su cabello rojo y mirada serena, era la médico del equipo. Su conocimiento médico a base de avanzadas técnicas de biotecnología le permitía tratar eficientemente las heridas en el campo de batalla.

—Coincido, no lo olviden, nuestras órdenes son de máxima prioridad, no podemos permitir que ese organismo caiga en las manos equivocadas —respondió Souz secamente.

—De acuerdo sigamos con la misión— continuó Souz—. Thal, ¿qué tienes?

—Capitán, los escaneos indican que los agujeros parecen ser gigantescos túneles—. Respondió Thal mirando los datos que se desplegaban ante él—. Algunos de ellos llegan hasta el núcleo del planeta. No tenemos información sobre qué los creó, pero una vez

que demos una vuelta completa al planeta completaremos el escaneo y sabremos si nuestro objetivo ya está aquí.

—Bien, la situación es la siguiente: en teoría, Filori-4 fue una vez un mundo idílico donde toda la población dedicaba la mayor parte de su vida a la investigación de alteraciones biológicas—. Dijo Souz mientras ponderaba la información que compartía—. Su enfoque principal eran las modificaciones de los organismos autóctonos, cuyos resultados vendían a lo largo y ancho del sistema.

—La suerte cayó sobre ellos cuando encontraron lo que podríamos llamar el Maxime Scientian de la humanidad: una curiosa planta que crecía en aquel mundo. La particularidad de este espécimen es que su peculiar metabolismo le permite sobrevivir en los entornos más adversos. Esta planta no solo es resistente, sino que posee propiedades regenerativas y adaptativas que serían el sueño de cualquier biólogo o genetista, permitiendo incluso regenerar tejidos.

Garek levantó una ceja, impresionado.

—¿Regenerar tejidos? Eso suena casi mágico.

—Lo es, hasta cierto punto —respondió Souz—. Pero lo más fascinante de la Vitae Flora es su sistema radicular, que le proporciona la capacidad de absorber minerales y compuestos que otras plantas no podrían. Es esta adaptación lo que le permite sobrevivir en condiciones extremadamente adversas.

Lian, siempre curiosa, hizo una pregunta.

—Capitán, ¿y cuál es el mecanismo detrás de sus propiedades regenerativas? ¿Sabemos algo al respecto?

Souz asintió—. Según los estudios preliminares realizados por la antigua civilización de Filori-4, el secreto de las propiedades regenerativas de la Vitae Flora reside en su estructura celular única. Las células de la planta contienen un tipo de proteína nunca antes visto, que acelera el proceso de mitosis y reparación celular. Además, esta proteína es capaz de adaptarse a diferentes organismos, lo que significa que no solo funciona en humanos, sino

también en otras formas de vida. Pero es mejor que Nyssa os lo explique.

Nyssa, tomando la palabra, continuó:

—El secreto de la Vitae Flora, según los informes, radica en su capacidad para permitir a las células romper el límite Hayflick de división telómera. Básicamente, en condiciones normales, las células humanas tienen un número finito de veces que pueden dividirse antes de que los telómeros, los extremos protectores de los cromosomas, se acorten tanto que la célula ya no puede dividirse más. Esto es conocido como el límite Hayflick y está asociado con el envejecimiento celular.

El equipo escuchaba con atención mientras Nyssa continuaba.

—La Vitae Flora produce una proteína única que no solo protege los telómeros durante la división celular, sino que también parece promover su alargamiento, permitiendo que las células se dividan indefinidamente sin deterioro. En otras palabras, esta planta podría, teóricamente, detener o incluso revertir el proceso de envejecimiento.

Thal, fascinado por la biotecnología, intervino.

—Eso explica por qué sería tan valiosa para la federación. Si alguien lograra obtener una muestra y replicar esas proteínas, podrían revolucionar la medicina y la biotecnología. Pero, ¿por qué se esforzaron tanto en ocultar este planeta?, se supone que es la eternamente añorada respuesta a la vida eterna.

—Exactamente, Thal. Pero también debemos recordar que en las manos equivocadas, esta tecnología podría ser peligrosa. El informe solo indica su grado de peligrosidad, por lo que podríamos suponer que puede ser utilizada para crear armas biológicas o para manipular genéticamente a la población. Aunque no se me ofreció detalles del porqué, se nos ha hecho extremo énfasis en que no debemos permitir que ni los carroñeros ni nosotros extraigamos una muestra de aquel lugar.

El equipo intercambió miradas de sorpresa y preocupación.

—Parte del porqué hemos sido asignados solo como un pequeño grupo de ataque es porque no quieren que esto se salga de control. Está terminantemente prohibido extraer muestras orgánicas de ese lugar, ¿entendido?

—¡Señor! ¡Sí, señor! —gritaron al unísono, mientras regresaban a sus puestos, con la convicción por cumplir su misión, reflejándose en sus rostros.

Souz observó a su equipo, sabiendo que cada uno de ellos comprendía la gravedad de la situación. La misión en Filori-4 no solo era peligrosa, sino que, a partir de lo que habían escuchado, también podría traer profundas implicaciones para el futuro de la humanidad. No podían permitirse fallar.

En ese instante, Thal gritó:

—¡Les encontré! Hay una nave en la órbita, parece que están a punto de descender a la superficie.

—¡Garek! Derríbalos ahora mismo —ordenó Souz.

Los cañones de la corbeta, imponentes y dignos de admiración, se giraron rápidamente hacia aquella destartalada nave que podía observarse en la lejanía casi como un brillante punto.

—¡Preparando primer disparo! —anunció Garek mientras ajustaba las coordenadas y calibraba los sistemas de guía.

—Objetivo fijado. ¡Disparando! —dijo, presionando el botón de lanzamiento.

La corbeta inició un poderoso ataque de artillería pesada. Los láseres no servirían a esta distancia, por lo que tendrían que confiar en los poderosos proyectiles magneto-balísticos para cumplir su objetivo. Los proyectiles, impulsados por potentes campos magnéticos, atravesaron el vacío del espacio con una velocidad y precisión letales.

Un estruendoso sonido se hizo sentir a través de la corbeta mientras el proyectil salía disparado hacia la nave enemiga. El equipo observó en la pantalla cómo el proyectil se acercaba rápidamente a su objetivo.

—Impacto en tres… dos… uno… —contó Thal, con su mirada enfocada en los indicadores.
El proyectil alcanzó la nave enemiga, causando una minúscula explosión que iluminó la oscuridad del espacio. La nave enemiga pareció comenzar perder un trozo que procedió a desintegrarse en la órbita de Filori-4.

—¡Blanco alcanzado! —informó Garek, con un gesto de triunfo.

La Duwino se encontraba en el punto crucial del descenso hacia el planeta prohibido cuando todo se desmoronó en un instante. La nave fue sacudida violentamente por una explosión que hizo vibrar a la nave por completo. Las luces parpadearon y las alarmas comenzaron a sonar, saturando el lugar con un estridente chillido indiscernible entre tantos mensajes.

—¡Capitán! ¡Hemos sido impactados por un proyectil! —gritó con pánico uno de los tripulantes que se encontraba apostado en el compartimiento de carga —. ¡Estamos perdiendo presión!

Vars, siempre atento a todo, reaccionó con la velocidad y la precisión que lo caracterizaban. Su voz cortó aquel caos como un afilado cuchillo.

—¡Todos a sus puestos! —ordenó—. Grul, evalúa los daños. Dares, estabiliza la nave, cierra las compuertas.

Antes de que las palabras de Vars hubieran terminado de repartir órdenes, una voz femenina gritó desde el panel a su izquierda.

—¡Parece que es una nave del gobierno! —vociferó Zira con ira mientras observaba a través del visor de larga distancia—. ¡Ese granuja seguramente nos ha traicionado!

Rods, atrapado en medio del frenesí que se había instaurado allí dentro, se quedó completamente congelado, aferrándose con fuerza a unas desvencijadas tuberías. La calma que reinaba en la nave solo momentos antes se había transformado en un caos absoluto. La tripulación corría con prisa en todas direcciones, chocando unos con otros en su afán por cumplir con sus órdenes. En la confusión, alguien empujó a Rods, tirándolo al suelo.

—¡Quítate, granuja! —le espetó aquel individuo sin miramientos.

Desde su posición en el suelo, Rods podía ver al robusto Grul, luchando por mantener la calma mientras evaluaba la situación desde los controles.

—¡Creo que se trata de una corbeta de la Federación! —alcanzó a gritar Grul, tratando de confirmar aquella información en los controles del tablero que tenía delante de sí.

Vars no perdió un segundo para voltear, las pupilas de sus azules ojos se dilataron y su mandíbula se tensó apretando los dientes mientras observaba los monitores.

—¡Regresen el fuego! —ordenó con autoridad—. No podemos dejar que los perros de la federación nos derriben aquí.

Grul, sin pensarlo dos veces, activó los cañones de la Duwino. Aunque pequeños, los morteros de la nave eran numerosos y, en conjunto, formaban una fuerza a ser tomada en cuenta. Los proyectiles comenzaron a dispararse en una ráfaga incesante, iluminando el espacio con destellos de energía.

Con un rugido ensordecedor, los cañones de la Duwino dispararon al unísono, enviando una lluvia de proyectiles hacia la corbeta de la Federación. Los disparos impactaron con precisión, causando explosiones a lo largo del casco enemigo. Sin embargo, el grueso blindaje de la corbeta hacía parecer que todo era fútil, no importando ello, la Duwino no les dio tregua y no cedieron en el ataque.

Vars, esperando ganar ventaja, ordenó un asalto total. —¡No dejen de disparar! ¡Mantengan la presión sobre ellos!

La tripulación respondió con ferocidad, descargando toda su artillería sobre la corbeta. Rods, aun en el suelo, se intentó incorporar tambaleante, su corazón latía con fuerza mientras observaba a través de las pequeñas ventanas la batalla que se desarrollaba fuera de la nave. Los cañones de la Duwino disparaban en todas direcciones, tratando de repeler los proyectiles, producto del ataque de la corbeta de la Federación. Alcanzaba a ver los destellos de los impactos y escuchar el ruido ensordecedor de las explosiones causadas por aquellos que atravesaban la barrera y llegaban a través del casco de la nave.

Zira, con su usual frialdad, dirigía ahora ya más calmada las operaciones de defensa desde su consola, sabía que si perdía el control de sus emociones podría acarrear su muerte y la del resto de tripulantes de la Duwino. Sus dedos se movían con precisión sobre los controles, coordinando los ataques y las maniobras evasivas de los numerosos morteros instalados en la sección superior, los cuales lanzaban ráfagas de diminutos proyectiles a fin de hacer explotar o desviar aquellos que eran lanzados desde la corbeta enemiga.

—Mantengan la formación y no dejen de disparar —ordenó con voz firme a pesar del caos con el que ella misma estaba lidiando en estos momentos.

La corbeta de la Federación era un adversario formidable. Rods podía ver cómo la nave enemiga maniobraba con agilidad, tratando de flanquear a la Duwino para ponerle fin a una resistencia que solo era cuestión de tiempo antes de que fuese aniquilada. Los disparos de la corbeta parecían venir de todas partes, pero la tripulación de la Duwino, aunque desorganizada, luchaba con la ferocidad de un salvaje animal arrinconado.

Vars, en el centro de todo, continuaba repartiendo órdenes con una calma que desmentía la gravedad de la situación, una en la que el

cuello de todos los presentes comenzaba a pender de una cuerda cada vez más delgada.

—¡Dares, lleva la nave a la cobertura del asteroide más cercano! —ordenó a máximo volumen que su voz permitía—. Necesitamos ganar tiempo para escapar de ellos.

Dares, con las manos firmes en los controles, maniobró la Duwino hacia un campo de asteroides cercano. La batalla continuaba furiosa mientras la Duwino se dirige hacia el campo de asteroides señalado. Los cañones de la nave seguían disparando desesperadamente, creando una barrera de fuego que intentaba mantener a los proyectiles de la corbeta de la Federación a raya. Pero todos sabían que no podrían mantener esa defensa indefinidamente. Necesitaban un plan para escapar o neutralizar a su enemigo.

El sudor perlaba su frente mientras observaba cómo la corbeta de la Federación se acercaba peligrosamente a la zaga. Sabía que estaban en una situación crítica y que las opciones disponibles se iban esfumando con cada segundo que transcurría.

—¡Necesitamos contraatacar ya! ¡Dispara el hesse! —ordenó Vars desesperadamente.

El hesse era la última línea de defensa con la que la Duwino contaba. Se trataba de un cañón de riel magnético adaptado, originalmente proveniente de una nave mucho más grande. Era un arma formidable, capaz de perforar los blindajes más gruesos, pero a un costo altísimo: su uso consumía una colosal cantidad de energía, mucho más de lo que los sistemas de la Duwino podían soportar, y dejaba la nave inhabilitada por un tiempo indefinido en lo que lograban reiniciar los sistemas.

La tripulación se quedó anonadada al escuchar al capitán dar la orden de usarlo. Todos entendieron que la situación era desesperada y que estaban al borde de la destrucción, razón por la cual, Zira, siempre calculadora y fría, dudó solo un instante antes de asentir. Sus dedos se movieron rápidamente sobre los controles mientras preparaba el disparo del hesse. Cada segundo parecía

estirarse interminablemente mientras la tripulación contenía la respiración.

—Capitán, si disparamos el hesse, quedaremos a la deriva —advirtió Grul con un matiz de preocupación.

—No tenemos otra opción. Si no lo hacemos, estamos muertos —respondió Vars con su mirada aún fija en los monitores que mostraban como la corbeta se les acercaba peligrosamente—. ¡Todos prepárense para el impacto y el apagón!

Grul, encargado de las armas, activó los mecanismos de carga del hesse. El sonido del cañón cargándose hizo vibrar a toda la nave, las luces comenzaron a parpadear, seguido de un ruido profundo y ominoso que hizo que todos los presentes sintieran un nudo en el estómago. Rods, que observaba con ojos muy abiertos, estaba temblando, era su primer enfrentamiento serio, razón por la cual el miedo y la adrenalina mantenían a su corazón latiendo como loco.

—Hesse cargado y listo para disparar, capitán —anunció Grul, con voz tensa.

Vars asintió dudando por una fracción de segundo y tomó una bocanada de aire antes de gritar. —¡Fuego!

Zira activó el disparo y el hesse se desató con una fuerza abrumadora. Un destello brillante iluminó la cabina mientras el proyectil magnético salía disparado hacia la corbeta de la Federación. La energía del disparo hizo temblar toda la nave y Rods sintió que esta podría desgarrarse de tal fuerza al percibir cómo el suelo vibraba bajo sus pies.

El proyectil del hesse impactó directamente en el casco de la corbeta, perforándolo con una facilidad aterradora. La explosión resultante fue espectacular, enviando fragmentos de metal y chispas al vacío del espacio.

La corbeta, gravemente dañada, comenzó a perder estabilidad, ciertamente el proyectil había hecho impacto y le había quitado su posición de ventaja en el ataque. Pero, tal como se había previsto,

la Duwino quedó inhabilitada inmediatamente después del disparo. Las luces y los sistemas principales se apagaron, sumiendo la nave en una oscuridad casi total. Solo las luces de emergencia parpadeaban débilmente.

—¡Sistema principal caído! —informó Grul—. Estamos a la deriva. ¿Qué estás esperando novato? ¡Ve a cambiar los fusibles del tablero! —gritó a Rods quien aún se encontraba aferrado a unas tuberías.

Rods, recuperado de su aturdimiento después de aquella orden, se levantó rápidamente para dirigirse hacia el almacén donde tenían los fusibles de repuesto. Sabía que cada miembro de la tripulación tenía un papel crucial que desempeñar en este momento de vida o muerte y su propia contribución podría marcar la diferencia entre la supervivencia y la aniquilación total.

No bien hubo cruzado el umbral que lo llevaría hacia la zona donde se encontraba la mayoría de la tripulación de rango bajo como él, cuando un terrible estruendo sacudió la Duwino. La compuerta que estaba a punto de cruzar se cerró de golpe, faltando poco para cercenarle la cabeza. Aquel impacto había sido tan violento que lanzó a Rods al suelo.

Un proyectil acababa de impactar a mitad de la Duwino, prácticamente partiéndola en dos grandes trozos. Rods, aturdido y con el corazón latiendo frenéticamente producto del miedo y la adrenalina, sintió momentáneamente al aire escaparse de sus pulmones después del impacto recibido contra el suelo. A mitad de su aturdimiento alcanzó a mirar a su alrededor logró distinguir en todas direcciones volar chispas, cables expuestos y fragmentos de metal retorcido que se aglutinaban en una vorágine de caos.

—¡Nos han alcanzado en el centro! —gritó lleno de pánico y desesperación un desafortunado tripulante que había quedado encerrado en una habitación desde el otro lado de la compuerta cerrada en la mitad trasera de la Duwino que ahora flotaba sin control.

Vars, que aún mantenía su compostura a pesar del caos, gritó órdenes con una autoridad implacable.

—¡Todos a sus puestos! ¡No dejaremos que esta nave se desmorone! —ordenó Vars, gritando en medio de aquel destrozado caos que ahora era la cabina de control.

Rods se levantó tambaleante con una vorágine de pensamientos, luchando por procesar la magnitud del daño. Sabía que la situación era crítica, con la nave partida en dos, las probabilidades de supervivencia ahora eran prácticamente nulas.

—Tenemos que estabilizar la nave antes de que la presión interna nos destroce —dijo Zira desesperada con sus dedos moviéndose con rapidez sobre los controles—. ¡Grul, activa los escudos de emergencia! ¡Dares, controla la rotación!

—¡Estamos perdiendo altura! ¡Necesitamos el freno de aire! —gritó Dares con desesperación mientras completamente sudoroso intentaba estabilizar la Duwino activando el sistema de propulsión secundaria, consciente de que cada segundo contaba.

La corbeta de la Federación no cedía en su ataque, y la Duwino seguía recibiendo impactos, uno tras otro, pues ya no contaban con las medidas de defensa. Claramente en aquella otra nave también la estaban pasando mal, pues se podía observar como al igual que ellos, descienden descontroladamente, pero eso no evitaba que continuaran aferrados a su incesante ataque.

Grul intentó en vano activar los escudos de emergencia, con el objetivo de que estos comenzaron a envolver las dos mitades de la Duwino, un pobre e intrascendente intento de mantener la integridad estructural de la nave. De cualquier modo, casi seguramente todos los desafortunados que estaban en la otra mitad de la Duwino ahora estarían flotando sin vida en el espacio.

Rods sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La vida en la Duwino hasta este punto no había sido fácil, y desde que había abordado era consciente que cada minuto podía ser el último. Pero no tenía

otra opción, esta vez su destino no dependía de él. Con un último vistazo a sus compañeros, mientras la nave descendía descontroladamente sobre aquel planeta, se afianzó a lo que pudo atando su cintura con un viejo cable que estaba tirado en el suelo, intentando estar preparado para enfrentar lo que fuera que el destino tuviera reservado para él.

El descenso había sido forzoso, una maniobra de emergencia tras el impacto recibido por parte de la nave de los contrabandistas. La corbeta había aguantado, pero su estado era precario después de un impacto de tal magnitud. Aterrizar en Filori-4 no había sido parte del plan, pero ahora se encontraban en medio de un terreno accidentado y quebradizo, con grietas y fisuras que se extendían como cicatrices en todas direcciones. Habían tratado de aterrizar lo más cerca que pudieron de la nave enemiga, pero incluso con esa precaución, dadas las circunstancias de su descenso, se encontraban considerablemente lejos de su objetivo. La corbeta comenzó su peligroso descenso, adentrándose en la atmósfera de Filori-4. Aquellos minúsculos agujeros que se lograban apreciar desde la órbita ahora se convertían en enormes boquetes cavados en la superficie y se hacían cada vez más grandes a medida que se acercaban, revelando profundos túneles que parecían interminables. La vegetación que bordeaba algunos de estos cráteres era densa y sofocante, creando un paisaje aún más extraño y surrealista.

—¡Todos en posición y atentos, debemos terminar con lo que empezamos y eliminar a todos los testigos! —ordenó Souz a través del comunicador mientras el equipo se preparaba para salir de la nave, armándose con del equipamiento necesario—. No podemos dejar cabos sueltos y correr el riego de que logren escapar de aquí.

El viento soplaba a través de las aberturas, creando un lamento constante y fantasmal que ululaba a través del perforado paisaje que tenían delante de ellos. Este planeta, marcado por innumerables abismos y cavidades, era una visión fascinante y desconcertante a partes iguales. Las condiciones de la misión habían tomado un giro desafortunado, pero su entrenamiento y

experiencia les habían preparado para situaciones como esta, no era nada con lo que no pudiesen lidiar.

La rampa en un costado de la corbeta se abrió lentamente, permitiendo que el equipo viera el nuevo y extraño mundo ante ellos. Un aire ligero y desconocido llenó la esclusa de la nave mientras se preparaban para desembarcar.

—Bienvenidos a Filori-4 —dijo Souz, ajustando su casco y mirando a su equipo con orgullo—. Terminemos la misión. Aquellas sabandijas parecieron quemarse al ingresar a través de la atmosfera, pero no podemos darlo por sentado, tenemos que asegurarnos.

Nyssa fue la primera en salir de la esclusa de presión con sus botas tocando el irregular y quebradizo suelo—. Parece que la atmosfera, aunque tenue, es suficientemente respirable —. Aseguró mientras el suelo crujía bajo sus pisadas, recordándole la increíble rareza y peligrosidad de este mundo único en todo cuanto ella había visto con anterioridad.

—Este lugar tambien es un verdadero laberinto geológico —agregó Lian, mientras observaba hacia distintos puntos, ajustando el visor térmico de su casco para escanear el terreno.

De vez en cuando, una columna de humo o vapor emergía de las profundidades, insinuando la actividad geotérmica oculta bajo la superficie.

—Mantened los ojos abiertos y los sensores activos —dijo Thal, con la mirada fija en el dispositivo de escaneo que sostenía entre sus manos—. No sabemos qué podríamos encontrar aquí y la barrenada superficie de este mundo no parece demasiado estable, deberíamos completar la misión con celeridad y partir cuanto antes. No quiero pasar ni un segundo más del tiempo estrictamente necesario en este maldito lugar.

Souz observaba con detenimiento el horizonte, analizando el terreno y buscando señales de actividad de cualquier tipo. El atardecer en

este planeta perforado ofrecía un espectáculo visual sin igual, transformando el paisaje en una escena surrealista y cautivadora.

A medida que la estrella de este sistema estelar que iluminaba ese paraje comenzaba su descenso en el horizonte, los rayos dorados y anaranjados se filtraban a través de los innumerables agujeros en la superficie del planeta. Estos haces de luz se proyectaban en todas direcciones, creando un intrincado juego de sombras y luces que danzaban sobre el terreno irregular. Las paredes internas de los agujeros se bañaban en colores cálidos, adquiriendo tonalidades que iban desde el amarillo brillante hasta el rojo profundo. Los bordes de las aberturas parecían encenderse con un resplandor intenso, mientras que las profundidades de los agujeros se sumían en sombras cada vez más oscuras. Este contraste entre luz y oscuridad confería al paisaje una dimensión casi onírica.

El cielo de aquella delgada atmosfera, a su vez, se pintaba con una paleta de colores vibrantes. Los tonos rosados y púrpuras se mezclaban con los azules del ocaso, creando un tapiz celestial que se reflejaba en las superficies lisas y pulidas de algunos de los agujeros. Las nubes, si es que las había, se teñían de colores vivos, sus bordes iluminados como si estuvieran ardiendo.

Mientras aquel sol sin nombre seguía descendiendo, algunos de los agujeros más profundos emitían un resplandor tenue, como si guardaran los últimos rayos de luz del día. El débil viento, moviéndose a través de las cavidades y fisuras, arrastraba consigo partículas de polvo que se iluminaban fugazmente, añadiendo destellos brillantes a aquel paisaje de ensueño opresivo. Los ecos del viento se transformaban en un susurro profundo, ululando desde el interior de las aberturas, como si el planeta estuviera comunicándose a través de un lenguaje antiguo, incomprensible para los seres humanos. Los ecos se entrelazaban con los sonidos de pequeñas criaturas que se aventuraban a emitir extraños sonidos, sin ser apenas visibles al borde de la luz. La atmósfera se impregnaba de un silencio reverencial, un momento en el que la

naturaleza parecía detenerse para contemplar su propia majestuosidad, permitiendo que los visitantes que se encontraban allí, siendo testigos de un fenómeno tan sublime y aterrador en partes iguales, sintieran la inmensidad y la belleza salvaje de una olvidada sección del cosmos.

La iluminación, saturada de los últimos calores del día, parecía emitir una energía especial, una mezcla de serenidad y misterio. Las últimas tonalidades cálidas de aquella iluminación se reflejaban en los ojos de los observadores, imbuyéndolos con una sensación de asombro y pequeñez ante la singularidad de aquel extraño planeta. El perforado paisaje de aquel extraño planeta se convertía en una obra de arte natural, una exhibición efímera de una enfermiza belleza que solo aquellos presentes podían apreciar y aborrecer simultáneamente en toda su magnitud.

Incluso los troncos de las plantas, que se erguían como columnas retorcidas de una catedral viva, presentaban agujeros que los atravesaban de lado a lado, como heridas abiertas causadas por el mismo tiempo o por criaturas desconocidas. Estas aberturas dejaban al descubierto el floema de aquellas plantas, una red de venas naturales que serpenteaban por el interior de los troncos, transportando los nutrientes que daban vida a la selva. El floema, expuesto al aire y a la luz, parecía palpitar con un brillo húmedo, como si la esencia vital de la planta estuviera siempre en movimiento, en un esfuerzo constante por sobrevivir a pesar de los daños.
Estos agujeros eran de formas irregulares, con bordes astillados y cubiertos de líquenes y musgos que parecían aprovechar cualquier oportunidad para arraigar, ocupando el espacio dejado por la corteza. Algunos eran lo suficientemente grandes como para que un hombre pudiera meter un brazo entero, o incluso atravesar su cuerpo agachándose y girando con cuidado. Estos túneles naturales se abrían como portales a otro mundo, y a veces los soldados sentían que al asomarse por ellos podrían descubrir algo que no estaba destinado a sus ojos, algo antiguo y desconocido que la jungla protegía celosamente.

La visión del floema expuesto era casi hipnótica, las líneas de Savia dorada o rojiza brillaban bajo la tenue luz que lograba colarse entre el dosel de la jungla, creando una imagen que oscilaba entre la belleza y lo grotesco. Parecía que la selva mostrara sus entrañas, su propio sistema de vida a la vista, como si estuviera intentando advertir a los intrusos a ver más allá de las hojas, las ramas y mantenerse alejados.
La puesta de sol en este mundo único era, sin duda, un espectáculo que quedaría grabado en la memoria de todos los que tenían la fortuna o infortunio de presenciarlo según su apreciación.

—Muy bien, equipo. Vamos a hacer un reconocimiento cercano. Lian, prepara los drones de reconocimiento y crea un mapa del terreno, hazlo en dirección donde esos infelices cayeron. Thal, asegúrate de que todos nuestros sistemas estén operativos y listos para cualquier emergencia. Ustedes dos quédense aquí haciendo las reparaciones necesarias para asegurar nuestro regreso. El resto sígame, nos adentramos en lo desconocido, pero estén preparados para cualquier cosa; no sabemos qué cosas puedan arrastrarse en este luciferino planeta.

Lian asintió y comenzó a desplegar los drones de reconocimiento, pequeños dispositivos que zumbaban como moscas al activarse elevándose en el aire, alejándose rápidamente, comenzaron a escanear y mapear el terreno circundante.

—Drones desplegados. Mapeo en proceso —informó Lian, moviendo con agilidad los comandos sobre el panel de control.

—¡Serán bastardos! Sufrimos un horrible daño, Capitán, por suerte tenemos blindaje pesado. Pero nada demasiado grave, nos aseguraremos de que la nave esté lista para partir cuando regresen —. Dijo Thal al mismo tiempo que revisaba el área donde la nave había recibido la peor parte del impacto, preparándose para verificar todos los equipos adyacentes a fin de que estuvieran operativos y listos para funcionar.

—Atención, equipo. Mantengan los ojos abiertos y las comunicaciones claras. Rodeemos esos boquetes, no venimos a descubrir qué está pasando aquí, así que no se distraigan —dijo Souz mientras bajaba del último peldaño, tocando con sus botas suavemente la superficie de Filori-4.

El suelo crujía y se sentía inestable bajo sus pies, pues incluso rocas no demasiado grandes presentaban aquellos enigmáticos orificios. El equipo se desplegó en formación, avanzando con cautela. El paisaje era un laberinto de agujeros y túneles, cada uno de ellos potencialmente peligroso. El viento seguía ululando a través de las aberturas, creando un ambiente inquietante. Las sombras de las formaciones rocosas se alargaban, proyectando figuras que parecían criaturas míticas, guardianas de un mundo olvidado. A medida que la estrella descendía por completo y el cielo se oscurecía, los primeros astros aparecían, titilando sobre un firmamento que ahora se desplegaba en toda su gloria. Los soldados avanzaban con precaución entre el follaje de una desconocida variedad de plantas, destacando por su rareza aquellas con hojas de cinco puntas. Caminaban apartando la maleza y tratando de sortear cuidadosamente el irregular terreno, portando sus armas listas, ayudados por los agudizados sentidos que los trajes de combate les proveían. A veces, los soldados podían ver insectos desplazándose por el floema expuesto, pequeños seres que les recordaban a los insectos de múltiples planetas, criaturas que recorrían esos túneles como si fueran carreteras, transportando polen o trozos de hojas. Convirtiendo a los troncos y ramas en un mundo en miniatura, un ecosistema autónomo que coexistía con la vida exterior.

—¡Maldita sea!, por suerte tenemos estos trajes protectores —. Farfulló Nyssa mientras aplastaba con su mano a uno de aquellas minúsculas criaturas con cuatro pares de afiladas patas, que caminaba por su pierna.

—¿Arrepintiéndote tan pronto? —preguntó burlonamente Garek mientras pasaba a su lado pisando con desdén un grupo de aquellas criaturas que se arremolinaban bajo sus botas, sintiendo el crujido de sus quitinosos exoesqueletos ceder bajo su corpulenta masa.
—¡Cállate grandullón! Sabes perfectamente que odio a las sabandijas, solamente espero que podamos largarnos de este maldito lugar cuanto antes.

El avance de los soldados a través de la espesa jungla era problemático, incluso con sus trajes especiales, una lucha de cada paso por conquistar un hostil terreno que parecía resistirse a cualquier intruso. La vegetación, densa y enmarañada, creaba una barrera impenetrable, como si aquella jungla estuviera viva y decidida a impedir el paso de los inesperados intrusos. Las ramas bajas se enredaban en las correas de sus armas, lianas colgantes parecían tratar de apresar sus cuellos, y las raíces, gruesas y nudosas, formaban una maraña que transformaba el suelo en una trampa interminable. Cada paso requería un esfuerzo extraordinario, obligándoles a tener que levantar las piernas por encima de obstáculos. Aquel esfuerzo extra, hacía que el simple acto de respirar se hiciera difícil, por lo que el sudor comenzaba a correr en gruesas gotas por sus frentes, incluso dentro del ambiente controlado del interior de sus trajes. Además de la vegetación, debían tener cuidado con el peligro oculto bajo sus pies: los miles de agujeros que perforaban la roca madre, pozos profundos que aparecían sin previo aviso, cubiertos en su mayoría por la maleza y las hojas caídas. Estos agujeros, casi omnipresentes, se hacían traicioneros, esperando el más mínimo descuido para engullir a cualquiera de ellos que pusiera un pie en falso.

Los soldados avanzaban en silencio, con los ojos fijos en el suelo y el oído atento a cualquier sonido extraño. El constante crujir de la vegetación bajo sus botas se mezclaba con los ruidos de la jungla, el canto incesante de criaturas desconocidas que parecían observarles desde la oscuridad, ocultas entre los árboles, y el

murmullo de algo moviéndose en la distancia, algo que nunca llegaban a ver.

Las sombras de los árboles se proyectaban sobre el suelo, creando ilusiones que hacían aún más difícil distinguir los agujeros del terreno firme. A veces, uno de los soldados perdía el equilibrio, resbalando por el borde de una abertura oculta, y sólo los rápidos reflejos de sus compañeros evitaban que cayera al abismo. La roca madre del planeta, expuesta y agrietada, parecía burlarse de sus intentos por cruzar la jungla, presentándoles barrancos ocultos y fisuras profundas, como si quisiera recordarles que no eran más que intrusos en un mundo desconocido.

El cansancio se acumulaba con cada minuto que pasaba, los músculos, aunque auxiliados por los potenciadores del traje, comenzaban a sentir los efectos del constante esfuerzo de evitar los peligros del trayecto. La estrella madre del sistema, apenas visible a través del dosel de hojas, apenas les brindaba consuelo, y la sensación de estar atrapados en un mundo ajeno y hostil se hacía cada vez más presente. La jungla, implacable, seguía extendiéndose ante ellos, y los agujeros, como bocas abiertas, parecían multiplicarse con cada metro que avanzaban, convirtiendo el trayecto en una interminable prueba de resistencia física. Solo el deseo de cumplir su misión y salir cuanto antes de aquel endemoniado sitio, les permitía seguir adelante, un paso tras otro, desafiando la jungla que parecía decidida a no dejarlos salir jamás.

—Tengan cuidado con esas grietas. No queremos a nadie cayendo en un abismo —advirtió Garek, observando el terreno con atención.

—Dígame capitán, escuché que su familia tiene una larga historia en la milicia, de hecho, hasta creo que el apellido Isikore es famoso entre las tropas, ¿es eso cierto? —preguntó Nyssa mientras sorteaba con algo de dificultad la vegetación apartando con la mano extrañas hojas de cinco terminaciones.

Por supuesto, esta pregunta atrajo la atención de Souz hacia recónditos lugares de su memoria, recuerdos de cuando escuchaba

las historias que su abuelo solía contarle sobre las Guerras de los Cismas. Un conflicto bélico que había tenido lugar hacía casi cuatro siglos y había durado el tiempo suficiente para que incluso su propio padre estuviera presente durante la extinción de las últimas ascuas de aquella contienda. Desde niño, Souz había quedado fascinado por aquellos relatos de heroísmo, traición y sacrificio. Siempre se había sentido orgulloso de que su abuelo hubiera participado en una de las guerras más cruentas e importantes de la historia.

El conflicto se encontraba en pleno auge cuando su abuelo nació en uno de los sistemas pertenecientes al gobierno, inicialmente siendo solo un ciudadano para posteriormente matricularse en la milicia cuando tuvo edad suficiente. La Federación, siendo una vasta alianza de sistemas planetarios que defendía los ideales de paz, cooperación y progreso cuyo eje de poder hacía bastante tiempo se había visto tambalear bajo la secesión del Pentavirato de Sistemas, una facción beligerante y ambiciosa, con amplios recursos que deseaba imponer su dominio sobre el resto de los mundos conocidos. Esta coalición de cinco sistemas estelares, cada uno gobernado por un despiadado líder, creía firmemente en la supremacía de la fuerza y la conquista usualmente viendo a otros sistemas tan solo como proveedores de materia y mano de obra, considerando al resto como ciudadanos de segunda y tercera clase según el mundo en el que hubiesen nacido. Las Guerras de los Cismas no fueron solo una serie de batallas y escaramuzas; fueron un choque ideológico que dividió a la humanidad en dos visiones opuestas sobre el futuro de la expansión espacial. Para la Federación, la exploración y la colonización eran una oportunidad para crear una sociedad donde todos los mundos colaboraran para el beneficio común, compartiendo conocimiento y recursos de forma justa. Para el Pentavirato de Sistemas, la expansión era sinónimo de poder y dominio, y solo aquellos dispuestos a someterse a la ley del más fuerte tenían un lugar en el futuro de la humanidad. Esta disonancia ideológica fue el verdadero catalizador del conflicto, una brecha que se abrió lentamente y que finalmente llevó a una guerra abierta.

Las Guerras de los Cismas estalló cuando el Pentavirato comenzó con su agresiva campaña de expansión, atacando y anexando planetas que difícilmente podrían haberse defendido por si solos. Con el estallido del conflicto, se reconfiguró el mapa político de toda la región galáctica, muchos sistemas estelares que antes eran independientes o neutrales se vieron obligados a elegir bandos. La Federación se vio obligada a expandirse y anexar más sistemas, pero esto también generó tensiones internas, pues algunos planetas sentían que su soberanía estaba siendo comprometida. A medida que el conflicto se intensificaba, la guerra dejó de ser un enfrentamiento entre solamente un puñado de flotas espaciales y ejércitos pertenecientes a un puñado de mundos para convertirse en una lucha por la supervivencia de la especie. Los sistemas que no se alineaban con ninguna de las facciones pronto se vieron atrapados en medio de la vorágine, con sus habitantes enfrentando el hambre, la ocupación militar, o incluso la aniquilación total. La Federación y el Pentavirato no dudaron en utilizar sus fuerzas para doblegar cualquier resistencia, llevando la guerra no solo a campos de batalla estratosféricos, sino a la superficie de incontables mundos, aniquilando ciudades, hogares y comunidades que quedaban devastadas bajo el fuego cruzado. En muchos de esos planetas, la vegetación había sido obliterada por la artillería orbital, y lo que alguna vez fueron vastos campos de cultivo, ahora eran tierras áridas y desoladas, donde la vida luchaba por resurgir entre los cráteres de bombardeo. En las ciudades, la devastación era inconcebible; edificios reducidos a escombros, sistemas de infraestructura colapsados, y la desesperación en los rostros de los habitantes que sobrevivían como podían, temerosos de los enfrentamientos que podían reanudarse en cualquier momento.
Las heridas resultantes de esta guerra, causarían resentimientos que durarían por generaciones, incluso mucho tiempo después de que el conflicto hubiese llegado a su eventual fin. Los enfrentamientos iniciales fueron brutales, con batallas espaciales que iluminaban los cielos de mundos pacíficos, convirtiendo el espacio en un campo de guerra. El abuelo de Souz, Jaspen Isikore

servía en las tropas terrestres, participando en misiones de reconocimiento y combate en distintos frentes de batalla.

La historia recuerda a las tácticas del Pentavirato como absolutamente despiadadas, utilizando tecnología avanzada y una red de espionaje que les permitía infiltrarse en las cadenas de comando de cada sistema que tenían como objetivo, de esta forma facilitando enormemente la conquista y en ocasiones aniquilación de incontables inocentes. Durante la cúspide del conflicto, el Pentavirato desarrolló una táctica conocida como "la Campaña Marea de Océano Gris", un intento masivo por destruir las líneas de suministro de la Federación, con el fin de ahogar sus fuerzas bajo la presión de la escasez y el hambre. El objetivo era claro: aislar los sistemas leales a la Federación, convertirlos en islas de resistencia sin apoyo, y dejarlos sucumbir ante la fuerza superior del Pentavirato. El nombre de esta campaña se refería a los enjambres de naves grises, como cardúmenes de depredadores, que bloqueaban rutas comerciales y atacaban convoyes de suministros en el espacio profundo. Jaspen Isikore recordaba vívidamente cómo sus escuadrones habían luchado para proteger los pocos cargueros que lograban atravesar esas líneas enemigas, arriesgando sus vidas por mantener un flujo mínimo de víveres y medicinas para los planetas sitiados.

Por supuesto, la guerra también había creado héroes y villanos, cuyos nombres quedarían grabados en la memoria colectiva de ambos bandos. Algunos, como el comandante Alasetor Valeck del Pentavirato, se convirtieron en símbolos de la brutalidad del conflicto. Valeck fue conocido por su "Política de Cero Tolerancia", en la cual no solo ocupaba los planetas, sino que destruía toda infraestructura que pudiera ser útil a la Federación, quemando inmisericordemente a planetas enteros, aniquilando la existencia de millones de habitantes. Otros, como la capitana Elyara Dhanes de la Federación, se destacaron por su valentía en la defensa de mundos vulnerables, inspirando esperanza a la resistencia en sistemas ocupados por el Pentavirato. Dhanes lideró numerosas incursiones contra las fuerzas del Pentavirato, utilizando tácticas de guerrilla

espacial, actuando por su cuenta ayudada tan solo por sus más allegados capitanes que permitieron a la Federación ganar tiempo y recursos en sus momentos más oscuros.
Las historias del abuelo detallaban cómo la Federación se veía obligada a adaptarse rápidamente, desarrollando nuevas estrategias y tecnologías para contrarrestar la amenaza, los científicos y estrategas militares trabajaban codo a codo, creando armas y escudos de energía más potentes para enfrentar la ofensiva del Pentavirato.
Se recuerda como uno de los momentos más oscuros de las Guerras de los Cismas, la Batalla de Cancri Prime. El abuelo de Vark describía con vívido detalle cómo la Federación defendía desesperadamente la estación espacial en Cancri Prime, siendo un punto estratégico, un importante bastión de defensa y reabastecimiento, vital para el conflicto durante su penúltimo siglo. Durante semanas, las fuerzas de la Federación habían resistido los continuos embates del Pentavirato, sufriendo grandes pérdidas pero negándose a rendirse. Eventualmente, la resistencia de la Federación finalmente dio sus frutos. Otorgando el tiempo suficiente para la puesta a funcionamiento de un disruptor de energía capaz de neutralizar temporalmente las naves del Pentavirato. Con esta ventaja obtenida, organizando una masiva contraofensiva, atacando los sistemas principales del Pentavirato donde las batallas fueron feroces, con ambos bandos luchando con desesperación. El abuelo de Souz le contaba cómo la Federación, a través del sacrificio de innumerables héroes, lograba quebrar la resistencia del Pentavirato, obligándolos a firmar un tratado de paz que llegaría muchas décadas después.
A pesar de las aparentes diferencias entre ambos bandos, la guerra reveló que la humanidad compartía, en el fondo, una capacidad infinita tanto para la creación como para la destrucción. En ambos lados, científicos e ingenieros desarrollaron tecnologías que cambiarían la vida de generaciones futuras: sistemas de terraformación, motores de salto más eficientes, armas de incalculable poder destructivo e incluso avances en medicina con el objetivo de extender la vida de los operativos militares. Pero estas

innovaciones, nacidas de la necesidad bélica, también dejaban tras de sí un rastro de dolor, con experimentos que habían costado vidas y avances tecnológicos que se usaron para infligir sufrimiento.

Cuando las últimas ascuas del conflicto finalmente se extinguieron y las negociaciones de paz se establecieron finalmente en la luna de Aetlar V con la subyugación del Pentavirato, lo que quedó fueron profundas cicatrices. Souz recordaba cómo su abuelo describía aquel día: un frío crepúsculo bajo un cielo plomizo, donde delegaciones de ambos bandos, con semblantes marcados por el cansancio, firmaron los tratados que pondrían fin a siglos de derramamiento de sangre. La paz, sin embargo, no borró el dolor, ni la división. Aunque la guerra terminaba en la época del padre de Souz, las cicatrices permanecían, muchas familias aún sufrían las consecuencias de la pérdida, el desplazamiento, y la amarga sensación de que, en la guerra, no había realmente ganadores.
El abuelo, siempre hablaba con un tono solemne sobre los amigos perdidos y aquellos mundos devastados que no se pudieron salvar. Souz crecía con estos relatos, sintiendo una profunda responsabilidad de continuar el legado de su abuelo, defendiendo los ideales de la Federación y asegurando que tales conflictos no se repitieran en el futuro. Las Guerras de los Cismas fueron, para la generación de Souz y sus contemporáneos en general, una sombría advertencia. Una muestra de lo que podía suceder cuando la ambición y el deseo de poder superaban los ideales de cooperación y respeto mutuo. Aunque ahora la humanidad estaba en relativa paz y los distintos sistemas de la Federación trabajaban para reconstruir lo que se había perdido, el eco de aquellos años oscuros seguía reverberando hasta el presente, como una advertencia para evitar que los errores del pasado volvieran a repetirse. Aquellos ecos del bélico pasado continuaban presentes en la forma de miles de millones de armas y naves que continuaban pululando ahora en posesión de individuos como los carroñeros, que en estos momentos eran su objetivo. Aunque las grandes batallas habían terminado décadas atrás, la paz no había sido capaz de limpiar el campo de batalla de aquellos residuos letales que ahora flotaban

por el vacío del espacio o permanecían ocultos en planetas desolados.

Este fue el principal motivo de enlistarse en la milicia, a pesar de que el mayor conflicto que la humanidad hubiese visto hubo terminado hacía muchas décadas. Muchos planetas tuvieron que reconstruirse desde cero, aunque la Federación hubiese implementado programas de ayuda, la recuperación fue lenta. En estos mundos el servicio militar se convirtió en un símbolo de honor y sacrificio, donde muchas familias enviaban a sus hijos a academias militares con la esperanza de continuar el legado de sus antepasados. Por supuesto también estaba la contraparte, de planetas donde jamás se pudieron implementar los ideales de la federación, principalmente causado por la reticencia de los ciudadanos de dichos mundos, muchos de los cuales eventualmente llegarían a convertirse en sitios sin ley, lejos del alcance y jurisdicción de la Federación. En ciertos rincones, la guerra había dejado un vacío de poder que la Federación nunca pudo llenar. Muchos de estos sistemas habían estado bajo el control del Pentavirato o habían sido tan golpeados por la guerra que cualquier intento de establecer el orden fue recibido con desconfianza y resentimiento. La Federación, para ellos, no era un símbolo de paz y ayuda, sino un recuerdo del conflicto que había destruido sus hogares y su modo de vida. Como resultado, estos sistemas se convirtieron en lugares sin ley, donde el poder lo tenían aquellos dispuestos a tomarlo, y donde la única regla era la supervivencia. Los mundos más cercanos al núcleo de la Federación, aquellos que habían sido los principales centros de poder, se recuperaron con relativa rapidez, beneficiándose del comercio y la reconstrucción. Sin embargo, los sistemas más alejados, aquellos que habían sido el escenario de los enfrentamientos más violentos, continuaban sufriendo las secuelas del conflicto.

Después de la guerra, la reconstrucción generó un boom económico en ciertos sectores, pero también en su mayoría, dejó regiones enteras empobrecidas, luchando por recuperarse, muchos de los cuales basaban su economía en actividades ilícitas y de dudoso

honor. En esos lugares, la economía se centró en actividades ilícitas: el contrabando, la venta de tecnologías de guerra, y el saqueo de las antiguas naves y arsenales que quedaron abandonados tras el conflicto. Las estaciones orbitales, antes imponentes centros de operaciones militares, ahora eran guaridas para piratas y traficantes que operaban fuera del alcance de la ley.

Vestigios de la guerra quedaron regados por cientos de sistemas, desde minúsculas naves de transporte de tropas, pasando por pequeñas corbetas y acorazados, hasta llegar a los gigantescos destructores y estaciones orbitales. Algunos de ellos habían quedado flotando para siempre en el vacío del espacio y otros más habían caído o sido abandonados en numerosos planetas que duras penas tenían la capacidad de mantener a su población. Los carroñeros que Souz y sus compañeros perseguían eran solo una parte del problema. Eran individuos que recorrían los restos del conflicto, buscando cualquier cosa que pudiera tener valor. Recolectaban chatarra, tecnología y armamento, y lo vendían al mejor postor. Algunas veces, los objetos que encontraban eran simples restos sin valor, pero otras veces, encontraban armamento nuclear, tecnología de camuflaje, o incluso motores de salto que podían ser utilizados para actividades delictivas. La Federación había intentado, durante años, limpiar estos restos, pero la vastedad del espacio y la cantidad de naves y equipos abandonados hacía que el trabajo fuera interminable.
Estas historias, aunque llenas de horror y dolor, también inspiraban en Souz un sentido de deber y honor. Sabía que la paz debía ser preservada a toda costa y que, él como capitán, tenía como misión proteger todo aquello, por lo que su familia e incontables otras, tuvieron que luchar. Para Souz, las misiones contra los carroñeros eran más que simples operaciones militares. Eran una forma de cerrar las heridas que la guerra había dejado abiertas, de asegurar que el sacrificio de su abuelo y de tantos otros no hubiera sido en vano. Sabía que mientras existieran armas y tecnología de guerra flotando en el vacío, siempre habría alguien dispuesto a usarlas para sus propios fines, y que su deber era evitar que eso sucediera.

La guerra había terminado hacía mucho, pero sus sombras seguían proyectándose sobre el presente, y era responsabilidad de personas como él disiparlas, una misión a la vez.

—Es difícil afirmarlo, si bien es cierto que mi familia tiene cierta historia en la milicia, desconozco exactamente a que te estás refiriendo, de todos modos no es el momento de hablar de ello, necesito que Garek y tú estén atentos a la misión, ¿entendido?

—¡Si señor! Respondieron efusivamente ambos acompañantes.

El equipo continuó su avance, rodeando los túneles y evitando las áreas más peligrosas. Souz lideraba aquella formación, habiendo regresado sus pensamientos a los eventos recién acontecidos, consciente de que la misión se acababa de complicar más allá de lo esperado, especialmente tomando en cuenta aquel enigmático lugar en el que se adentraban.

—Pronto nos acercaremos al sitio del impacto. Prepárense para cualquier cosa —dijo Souz.

Con esas palabras, el equipo se adentró más en la agujereada superficie de Filori-4, listos para enfrentar cualquier peligro desconocido que se les presentara entre ellos y su misión para cazar a los traficantes, cumpliendo con eficiencia la misión encomendada por la federación.

Rods tosió dolorosamente con un espasmo que enviaba una punzada de profundo malestar a través de su cuerpo, sintiendo un hilillo de sangre recorrer desde su cabeza hasta el costado de su nariz. Colgaba de la cintura, aún sujeto por un improvisado cinturón hecho de cable que había atado en un desesperado intento por mantenerse firme durante el descenso a través de la atmósfera del planeta. Cada movimiento le dolía, y el sabor metálico de la sangre en su boca saturaba su paladar, recordándole cuán cerca había estado de morir.

La oscuridad reinaba en la nave. La Duwino estaba en silencio, rota y maltrecha, apenas una sombra de lo que había sido. Podía observar, con la ayuda de la poca luz que se filtraba a través del fracturado casco, a sus compañeros en estado igualmente precario.

Zira yacía en el suelo inmóvil, probablemente inconsciente. Dares estaba sentado en el asiento principal, sin moverse y con apariencia de haberse desmayado. Ambos, al igual que él, parecían haber sido golpeados gravemente por la violencia del forzado aterrizaje.

La nave estaba sumida en una oscuridad total, y solo podía ver gracias a la poca luz que se filtraba a través del fracturado casco de lo que quedaba de la Duwino. Intentó moverse, pero el simple intento de desatarse del cable que le sujetaba, envió una punzada de dolor a su sistema nervioso, haciéndole gemir, aun así, sabía que debía hacer algo, no podía quedarse allí colgando, herido y vulnerable.

Nuevamente, intentó moverse, pero el dolor lo detuvo. Cada músculo de su cuerpo protestaba, y sentía como si sus huesos estuvieran hechos de cristal. Respiró hondo, luchando contra el mareo y el dolor, y cerrando fuertemente la mandíbula para contener el dolor, se obligó a soltar los cables que lo mantenían atado. Desenganchó con dificultad el improvisado cinturón y cayó al suelo emitiendo un golpe sordo que le sacó el aire de los pulmones, el impacto le hizo ver estrellas de dolor, pero se forzó a levantarse. Miró a su alrededor, tratando de evaluar la situación, asimilando con resignación la certeza de que la Duwino había aterrizado por última vez, estaba en ruinas y no volvería a despegar nunca más. La mitad de la nave que había sobrevivido al impacto estaba destrozada, con cables colgando y chispas ocasionales que iluminaban brevemente la oscuridad. Probablemente, la mitad menos afortunada de la nave aún seguía flotando en órbita, o peor aún, había caído sin control en algún otro sitio, Rods no sentía un particular aprecio por aquellos desgraciados que se habían quedado en la otra mitad de la nave, la sección trasera, pero aun así lamentó la pérdida de al menos quince de sus compañeros. Los sistemas de soporte vital estaban

apagados, y la atmósfera dentro de la nave se estaba volviendo cada vez más irrespirable debido a humo provocado por la miriada de cables haciendo corto circuito. Con pasos torpes, pero cada vez más firmes mientras se iba acostumbrando a su situación, lentamente avanzó hacia Zira. Una vez hubo llegado, se arrodilló a su lado y comprobó su pulso, estaba viva, aunque inconsciente. Se podían ver cortes profundos en su rostro y cuello, y sus ropas usualmente limpias ahora estaban empapadas de sangre.

Rods miró a su alrededor, buscando algo que pudiera utilizar para despertarla, vio una botella de agua medio vacía y con manos temblorosas, vertió un poco sobre su rostro, primero para limpiarlo un poco y segundo con la esperanza de que aquella la despertase. Al sentir el fresco líquido recorriendo su cara, Zira se estremeció tosiendo violentamente y abrió los ojos dificultosamente, parpadeando para enfocar la vista.

Zira emitió un gemido y abrió los ojos, parpadeando contra la luz tenue—. ¿Muchacho, eres tú Rods…? —murmuró con débil voz, mientras aún intentaba acostumbrar sus ojos a la cuasi penumbra que ahora reinaba en lo que alguna vez fue el puente de mando.

—Sí, soy yo. Tenemos que salir de aquí. La nave está en ruinas y no tenemos mucho tiempo antes de que el aire se agote—. Respondió al mismo tiempo que se apretaba dolorosamente con el brazo su costado izquierdo, probablemente producto de un par de costillas rotas.

—Tuvimos un aterrizaje forzoso, la nave está partida en dos, Dares también está inconsciente, iré a ver como está—. Agregó Rods, mientras se dirigía hacia el asiento donde él se encontraba.

Zira se frotó dolorosamente la cabeza, que igualmente estaba sangrando, tratando de despejarse, y asintió mientras comprobaba con su palma la humedad producto de la sangre que brotaba en su cuero cabelludo. Intentó incorporarse, pero un agudo dolor en su tobillo derecho se lo impidió, haciéndole emitir un alarido de dolor solo para darse cuenta de que estaba roto. Por suerte no se trataba

de una fractura expuesta, motivo por el cual había permanecido oculta a la vista de Rods. Ahora que ella había intentado levantarse, aquel hueso se hacía cada vez más y más notorio a través del dolor que se transmitía por todo su cuerpo, convirtiéndose en algo tortuoso mientras los efectos de la adrenalina comenzaban a desvanecerse.

—Tenemos que ver si hay más sobrevivientes y evaluar los daños. No podemos quedarnos aquí —dijo con voz firme, a pesar de su evidente dolor que le aquejaba mientras volteaba a todos lados como si buscara algo—. ¿Dónde está Vark y Grul?, estoy segura de que estaban con nosotros en este sitio.

Rods se encontraba con Dares por lo que no había alcanzado a escuchar la pregunta. El piloto estaba inclinado hacia adelante, atrapado en su asiento por el cinturón de seguridad, su brazo derecho colgaba inerte, claramente fracturado, pero una rápida revisión confirmó que también estaba vivo, por lo que le sacudió e intentó despertarle. Dares, con un quejido, abrió los ojos tosiendo sangre que manchó los ahora inservibles mandos de la Duwino.

—¿Dónde estamos? —preguntó con una anormal aspereza en la garganta, desorientado, al mismo tiempo que tosía sangre otra vez.

—En la superficie del planeta. La nave está destrozada, pero estamos vivos —respondió Rods aun sujetándose el adolorido costado izquierdo.

Dares asintió lentamente, aún aturdido. Pero al intentar levantarse del asiento, un agudo dolor le hizo gritar sonoramente, Rods no lo había notado inicialmente por culpa de la pobre iluminación, pero ahora mirando con detenimiento pudo observar que el vientre de Dares había sido perforado por una delgada viga de acero que había sido expelida durante el accidentado aterrizaje. El pobre piloto seguramente tampoco lo había notado debido al casi omnipresente dolor que aquejaba todo su cuerpo, no obstante ahora estando focalizado, le hizo darse cuenta de la precariedad de su situación.

La mitad que había quedado de la Duwino estaba gravemente dañada, con cables expuestos y paneles de control destrozados. La colisión que la había partido en dos había provocado un desgarramiento brutal que ahora exponía sus entrañas de metal retorcido a la vista. La sección trasera de la nave, una carcasa fragmentada, probablemente continuaba flotando en alguna parte de la órbita, suspendida en el vacío del espacio como un monumento al infortunio, mientras que la sección frontal en la cual habían caído, gravemente herida, en un descenso descontrolado la había dejado completamente inservible.

—Tenemos que salir de aquí, novato. Busca el dispensario de primeros auxilios —ordenó la adolorida Zira con autoritario tono.

Rods, aún aturdido y adolorido, asintió con desgano, realmente no quería mover ni un solo músculo, pero para su fortuna o su desgracia, él era el único que podía caminar en estos momentos, por lo que comenzó a buscar con dificultad entre los escombros que plagaban el suelo de aquella sección de la Duwino. Cada paso que daba era una lucha contra el dolor que, conforme pasaba el tiempo, iba incrementándose, pero sabía que no tenía otra opción. Mientras avanzaba entre aquellos escombros, su mirada se posó en una figura inmóvil entre los restos.

Allí, medio sepultado bajo un panel desprendido, yacía el desafortunado capitán Vars. El osado corsario del espacio, como solía autodenominarse, había realizado su último viaje. Su rostro, ahora sereno en la muerte, conservaba esa expresión de entereza que había sido su sello distintivo hasta el mismísimo final. Rods se detuvo un momento, sintiendo una extraña tristeza por el que había sido el respetado y temido a partes iguales, capitán de la Duwino.

Vars había sido conocido durante toda su vida como un hombre de acción, siempre viviendo al límite y desafiando cualquier ley de la federación que se interpusiese en su camino. Aunque en estos tiempos los navíos del espacio no operaban bajo el primitivo código marítimo de antaño, Vars habría estado orgulloso de saber que su

amada Duwino se había convertido en el último peldaño de su cuestionablemente aventurera vida. Tal y como se contaba en las leyendas de los viejos mares, él había permanecido con su nave hasta el final. Rods apartó los escombros con doloroso esfuerzo, liberando el cuerpo del capitán. A pesar del caos y la urgencia de la situación por encontrar el bloque de primeros auxilios, sintió que era lo correcto. Dejar a Vars sepultado bajo los restos de la nave no le parecía adecuado, no para alguien que había vivido y muerto con tal fervor por aquello que tanto le apasionaba.

Finalmente, encontró el dispensario médico, un pequeño compartimento que había sobrevivido al impacto con relativamente pocos daños. Abrió el kit y rápidamente volvió con Zira, quien en estos momentos se había logrado levantar dificultosamente apoyándose en su pierna izquierda y estaba tratando de estabilizar a Dares.

—Aquí está —dijo Rods, entregándole el dispensario.

Zira comenzó a trabajar con manos expertas, aplicando vendajes y administrando medicación al desafortunado piloto. Mientras tanto, Rods miraba a su alrededor, tratando infructuosamente de encontrar a Grul antes de darse un minuto para pensar en el siguiente paso que debía tomar. La nave estaba en ruinas, pero tenían que encontrar una manera de salir de allí, de sobrevivir.

—Zira, ¿alguna idea de cómo salir de esta? —preguntó Rods con voz temblorosa, denotando tanto su inexperiencia como el miedo que comenzaba a apoderarse de su psique.

—Necesito que me ayudes a tratar a Dares. El pobre infeliz es el más delicado de nosotros. ¿Encontraste al capitán o a Grul? —preguntó Zira, concentrada en la tarea que tenía delante mientras inyectaba calmantes al piloto aún apostado en aquel asiento.

—¡Oye!, nada de infeliz, que aún sigo aquí—, balbuceó Dares aún medio consciente, volviendo a toser un poco de sangre.

—Bueno… el capitán, el capitán ha muerto, y no encontré rastro de Grul aquí adentro, probablemente haya sido expelido durante el aterrizaje—. Respondió Rods apesadumbrado.

—¡Maldita sea! —gritó Zira frustrada al recibir aquellas noticias. Mientras ella misma se aplicaba una inyección de calmantes, para posteriormente aplicar lo mismo al desprevenido Rods cuyo rostro se contorsionaba de dolor por la inesperada punción en el cuello—. Este equipo médico no será suficiente. Necesito que salgas fuera y busques qué tanto queda de la Duwino. Busca si hay más material médico. Necesito estabilizar a Dares. ¡Date prisa!

—De acuerdo —dijo Rods con voz temblorosa, no muy convencido de la tarea que se le acababa de asignar.

Al fondo, mientras buscaba el botiquín, había vislumbrado entre la oscuridad una mascarilla con un tanque respirable que probablemente le ayudaría durante unos minutos, pero viendo que la atmósfera de aquel extraño planeta ya se había filtrado hace mucho a través de las grietas en el casco de la nave, probablemente no importaría demasiado si la usaba o no. Por lo que, con evidente dolor, se escabulló a través de la más grande fisura que logró encontrar para que, una vez que estuvo fuera, se encontrase ante un paisaje como ninguno otro hubiera visto o escuchado que existiera. El planeta se extendía ante él, desolado y extraño. Grandes agujeros se abrían por todas partes, algunos tan profundos que parecían no tener fondo. La vegetación, si es que se podía llamar así, consistía en plantas retorcidas y espinosas con extrañas hojas geométricas que se extendían por la superficie en patrones caóticos. La Duwino, o lo que quedaba de ella, estaba desperdigada a lo largo de una evidente trayectoria de caída que los había llevado hasta donde ahora se encontraba, apostada en su lugar de descanso final. Iba avanzando con dificultad, con su cuerpo adolorido, protestando a cada paso que daba. Cada movimiento era una sensación agobiante, pues sentía que la respiración le era insuficiente, probablemente producto de la tenue atmósfera que presente en el planeta, pero sabía que no tenía otra opción, él era el

único que podía moverse con tal libertad. Mientras caminaba, observaba los restos de la nave. Fragmentos del casco, cables desgarrados, y piezas de equipo esparcidas por todas partes. Se detuvo un momento para recobrar el aliento con la mirada perdida en aquel extraño paisaje que alcanzaba a ver. Sobre el terreno, la Duwino parecía una bestia abatida, su forma alargada, rota y retorcida daba el aspecto de la derrota, las placas de su fuselaje desgarradas y ennegrecidas por el calor del impacto. Las ventanillas de la cabina, otrora claras y transparentes, estaban ahora resquebrajadas, parcialmente derretidas, con grietas que se extendían como telarañas sobre la superficie del vidrio. La punta de la nave había colapsado sobre sí misma, hundida en el suelo, rodeada por un cráter de tierra y roca levantada por el choque. El humo se alzaba en espirales densas desde varias partes de la estructura, y el olor acre del metal quemado y el combustible derramado impregnaba el aire, mezclándose con el polvo suspendido que aún caía lentamente en un velo grisáceo. Las luces de emergencia, milagrosamente aún en funcionamiento, parpadeaban intermitentemente en algunos puntos de la sección dañada, iluminando con un destello rojo y anaranjado el caos que la circundaba. La cubierta exterior, rajada y quemada, reflejaba la luz del sol con un brillo mortecino, mientras el viento del planeta soplaba a través de las aberturas y huecos, creando un lamento bajo y continuo. Era como si la propia nave llorara por lo que había sido, y por aquellos que aún permanecían atrapados en su interior, luchando por una oportunidad de sobrevivir. El impacto no solo había partido la nave en dos, también había destrozado cualquier posibilidad inmediata de escape. El planeta, indiferente a la tragedia que acababa de suceder sobre su superficie, seguía su curso. La sección trasera de la nave, fragmentada y a la deriva en la órbita, permanecería como un faro de la derrota, mientras la sección frontal se había convertido en un sepulcro improvisado para su capitán.

—Vamos, debe haber algo útil por aquí—, se dijo a sí mismo, tratando de mantenerse enfocado con el objetivo de distraerse del dolor—, tengo que darme prisa y encontrar eso.

Buscó con premura entre todo lo que había sido expulsado de la nave. Aunque sus esfuerzos eran sinceros, no resultaron fructíferos. Tan solo encontró malas noticias: Grul, tal y como lo había supuesto, no lo había logrado, lo que le hizo sentir una punzada de culpa y tristeza. Su desafortunado cuerpo yacía inmóvil, relativamente alejado en la trayectoria de caída. Al igual que hizo con Vars, el muchacho se empecinó en no dejar los restos del desdichado cocinero expuestos a la intemperie. Le había tomado cierto aprecio a aquel hombre desde que le conocía, siempre compartiendo una palabra amable o una porción extra de comida cuando podía. Tratando de ofrecerle un lugar de descanso adecuado, Rods arrastró con dificultad el corpulento cuerpo de Grul y lo cubrió con algunas telas y aislantes térmicos que se habían desprendido de la Duwino, se trataba de un gesto pequeño, pero sentía que era lo mínimo que podía hacer. Mientras continuaba su búsqueda, de algún implemento médico que les ayudase en estos momentos, entre los escombros de la nave, se vio en la necesidad de subir a los restos de lo que quedaba del casco de la antaño orgullosa Duwino. Con cada paso que daba, el metal crujía bajo sus pies amenazando con resquebrajarse bajo su peso, creando un suspenso que solo se veía incrementado por el sonido del viento que continuaba silbando a través de las grietas y aberturas. Fue entonces cuando, más por casualidad que por fortuna, vislumbró en la lejanía sobre una colina lo que parecía ser una estructura construida por manos humanas: una derruida edificación que destacaba entre el barrenado paisaje de aquel extraño mundo.

—No puede ser… —murmuró Rods, entrecerrando los ojos para asegurarse de que aquello no se tratase una ilusión.

La estructura, aunque evidentemente abandonada y deteriorada, tenía características inconfundiblemente humanas, destacándose de aquel agreste paisaje. Paredes rectas, algunas formas cuadradas, y lo que parecían ser ventanas, ahora rotas y cubiertas de singulares enredaderas. Su corazón se aceleró. Podría ser su salvación, o al menos una oportunidad para encontrar más recursos y quizás alguna forma de comunicación. Bajó rápidamente del casco y

adentrándose a través de la fisura en el casco, volvió tan rápido como pudo a donde estaban Zira y Dares.

—¡Zira! —llamó, tratando de ahogar su emoción y esperanza recién adquirida—. Creo que he encontrado algo. En la lejanía, parece una edificación humana. Podríamos encontrar algo útil allí.

Zira apartó la mirada de su tarea en curso, su rostro todavía marcado por el dolor y la fatiga, pero ahora mostrando un destello de esperanza.

—¿Estás seguro? ¿Qué hay de lo que te envié a buscar?—preguntó cambiando de tema con escepticismo y necesidad de alguna buena noticia.

—Desgraciadamente, no hay nada de aquello, el pobre Grul no lo logró y todo el material de curaciones seguramente se perdió en la cola de la Duwino—. Respondió apesadumbrado.

—¡Maldición! Justo lo que nos faltaba—, se lamentó Zira, sentada y adolorida—. Dares no durará mucho más tiempo, ha perdido mucha sangre y los calmantes solo le han permitido relajarse, no soy ninguna médico, así que las esperanzas son pocas. Si esos perros del gobierno lograron sobrevivir a la caída como nosotros, entonces probablemente vengan a acabar con el trabajo.

—¿El trabajo?, ¿te refieres a nosotros? —preguntó Rods preocupado.

—¡Por supuesto que sí, cabeza hueca! —espetó irritada, en parte por el dolor y el resto debido al ingenuo interlocutor—. Ahora bien, como te darás cuenta, no podré moverme de aquí, esto es todo para mí, apenas si puedo dar un par de pasos y el dolor me mata. Deberás dirigirte a aquella edificación que me mencionaste, busca algo de tecnología que te permita determinar la ubicación de esos perros desgraciados del gobierno y si te es posible escabúllete en su nave, es tu única esperanza de salir de este endemoniado lugar.

—Pero… pero tú, ¿qué pasará contigo? —preguntó Rods preocupado—. Cuando te encuentren, te…

—Sí, lo sé, muchacho. Sé que este es mi fin, pero tú aún tienes esperanzas de salir de esto. Ahora lárgate, que me estás quitando el poco aire que entra aquí.

Rods, entristecido más por la idea de quedarse solo que por las palabras de ella, asintió lentamente. Sabía que Zira tenía razón, pero dejarla allí, enfrentándose a una muerte casi segura, era un peso que no quería cargar. Aun así, la supervivencia era lo primero, él aún tenía esperanzas y ella se lo había dejado bien claro.

—Ten cuidado, Zira —dijo con voz temblorosa.

—Tú también, mocoso. Y no te detengas por nada.

Con el corazón pesado, Rods se escabulló de nuevo a través de una de las fisuras del casco que hasta este momento había utilizado como puerta de acceso. Con aquella edificación en la lejanía como su nuevo objetivo, ahora caminaba cuidadosamente entre los miles de huecos que saturaban el suelo con un objetivo en mente.

—¡Maldita sea, capitán! —espetó Garek—. Esto es una porquería. De no ser por estas botas bien apretadas, ya me hubiese torcido el tobillo varias veces. Odio este agujerado sendero que tomamos.

—¿Acaso ves un sendero que no esté agujerado? —preguntó Nyssa sarcásticamente—. ¡Todo este maldito lugar está lleno de agujeros! ¿Qué demonios sucedió en este horroroso lugar?

—¡Silencio! —espetó Souz—. Hay algo moviéndose por allá —dijo, señalando un espeso arbusto que se movía sutilmente.

Aquel arbusto, que Souz señalaba, había comenzado a moverse de forma sospechosa. Definitivamente, había algo o alguien allí. Aunado a la resequedad de las hojas en el suelo, alcanzaron a escuchar las pisadas de algo o alguien lo suficientemente grande como para no pasar desapercibido.

Garek, inmediatamente, apuntó su pesado multi-rifle hacia el origen de aquel sonido mientras veían emerger al responsable.

—Pero… ¡Maldición! ¿Qué…? —balbuceó Garek, apuntando con la mira de su arma.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Nyssa, completamente desconcertada por la visión de la criatura que acababa de emerger de entre el follaje.

La criatura emergió de entre la espesura de la jungla con una agilidad y una gracia que desmentían su peso considerable. Su cuerpo, robusto y musculoso, se movía con una fluidez inquietante, los músculos ondulando bajo el negro pelaje que parecía absorber la poca luz que se filtraba entre los densos árboles. A simple vista, podría haber sido un depredador común de cualquier otro planeta, un cuadrúpedo de talla mediana, probablemente de unos doscientos kilos. Pero bastaba una mirada más detenida para darse cuenta de que se trataba de algo mucho más extraño, algo que pertenecía a aquel mundo y a sus peculiaridades. Lo primero que capturó su atención no fue la amenaza que representaba su presencia ni la forma de sus poderosas extremidades, listas para saltar con un ímpetu fulminante, sino los agujeros que cubrían su cuerpo. Los orificios, distribuidos de manera irregular a lo largo del pelaje negro, perforaban la carne de la criatura con precisión inhumana, creando una serie de vacíos que revelaban el interior de la bestia. Cada agujero parecía tener un propósito, como si fueran parte integral de la estructura del animal y no el resultado de una herida o mutilación. A través de algunos de estos orificios, se podían ver los músculos latiendo y contrayéndose, al ritmo pausado de la respiración que hacía vibrar las paredes de esos túneles naturales. Era como si la criatura hubiese sido diseñada para exhibir su propio funcionamiento, una compleja maquinaria orgánica a la vista de todos.

El borde de cada agujero estaba rodeado por piel que se extendía como un borde que abrazaba el vacío, un marco natural que hacía que el resto del cuerpo pareciera estar modelado en torno a esas

ausencias. El pelaje negro, denso y opaco, contrastaba con el interior de los orificios, donde los órganos y tejidos se exhibían en tonos rojizos y pálidos. Algunos de los agujeros atravesaban por completo el cuerpo del animal, permitiendo que la luz del entorno, tenue y filtrada a través del follaje, se proyectara a través de ellos, creando sombras en el suelo que se entrelazaban con las ya intrincadas figuras de luz y oscuridad de la jungla. Los ojos de la criatura eran quizás lo más desconcertante de todo: dos orbes amarillos que parecían brillar con una luz propia, fijos en los intrusos que se habían aventurado en su territorio. Había algo en esa mirada, una inteligencia cruda y calculadora, algo que les recordaba a los grandes felinos de la Tierra, aquellos depredadores solitarios que acechaban en la penumbra, midiendo cada movimiento antes de lanzarse sobre su presa. La criatura no mostraba temor, pero tampoco se lanzaba al ataque; parecía más bien evaluar, considerando si los forasteros valían el esfuerzo de un enfrentamiento.

Alrededor de su boca, el pelaje se volvía más corto, y al abrir ligeramente las temibles fauces se podían ver los afilados colmillos, blancos como el hueso, reluciendo en contraste con la negrura de su pelaje. La criatura permanecía inmóvil, solo el movimiento casi imperceptible de su respiración y el sutil parpadeo de sus ojos revelaban que no era una estatua salida de la jungla, sino un ser vivo, preparado y listo para actuar. Su cola, larga y terminada en una especie de apéndice puntiagudo, se movía lentamente de un lado a otro, como una señal de advertencia, el único indicio visible de la tensión que recorría su cuerpo.

—¿Es esto alguna especie de adaptación? —murmuró Souz, ajustando su visor para obtener una lectura biológica de aquella bestia que parecía ilógico que estuviera viva con semejantes vacíos formados en su organismo.

—No estoy segura —respondió Nyssa, sin apartar la vista en la extraña criatura—. Nunca he visto algo así. Puede que estos agujeros tengan una función que aún no comprendemos. Pero nunca he visto algo así, ni siquiera debería estar vivo.

—Manténganse alertas. No sabemos si caza solo —advirtió Souz, manteniendo su posición frente a aquella criatura. La cual, si se comportaba como el resto de predadores conocidos, al más mínimo signo de debilidad por lo que pudiesen considerar su presa, se lanzaría hacia ellos sin dudarlo.

Los soldados no sabían si debían retroceder lentamente o quedarse inmóviles, pero todos compartían el mismo pensamiento: estaban ante una criatura que encarnaba la esencia misma del planeta, un ser moldeado por el peculiar y hostil entorno que los rodeaba. Así como la jungla que los envolvía, con sus plantas agujereadas y el suelo lleno de trampas naturales, aquella bestia parecía pertenecer a un ecosistema donde el vacío era parte de su propia razón de ser.

Aquella feroz criatura soltó un gruñido bajo, con la vista fija en Souz. El equipo se preparó para cualquier movimiento. De pronto y en contra de todo pronóstico, la criatura se movió con una sorprendente velocidad, corriendo hacia uno de los cientos de túneles cercanos y desapareciendo entre las sombras que la profundidad creaba.

—¡No lo pierdan de vista! —ordenó Souz, mientras el equipo seguía apuntando con sus armas al extraño depredador.

—¿Vamos a seguirlo, capitán? —preguntó Garek, con el dedo en el gatillo.

—¡Demonios!, claro que no, pero no podemos permitirnos que nos considere su almuerzo, quiero que estén vigilantes a la retaguardia —ordenó Souz.

El equipo se reagrupó, manteniendo la formación mientras nuevamente avanzaban con cautela por el traicionero terreno. El viento seguía ululando, y las columnas de vapor añadían un inquietante toque al ambiente que poco a poco había ido oscureciendo.

—Mantengan las comunicaciones y los ojos bien abiertos, el color de ese animal probablemente indica que sea un cazador nocturno, pero aun así estén alerta —ordenó Souz con voz firme.

Garek asintió, vigilando los alrededores con atención. Nyssa permanecía alerta, con su multi-arma lista para cualquier eventualidad con la otra mano iba monitoreando el área con su dispositivo de escaneo, buscando cualquier señal de actividad adicional.

—¿Alguna lectura nueva? —preguntó Souz, mirando a Nyssa.

—Nada por el momento, Capitán. Solo esa maldita criatura de pesadilla y algunos extraños movimientos subterráneos, pero no puedo determinar qué son exactamente —respondió, con el ceño fruncido.

—Sigamos avanzando. No podemos permitirnos detenernos ahora, pronto anochecerá —dijo Souz.

—Capitán, tenemos que estar atentos. Este lugar es una trampa mortal —comentó Garek mientras volteaba nervioso hacia todas direcciones con su visión térmica escaneando el terreno que les rodeaba.

El equipo continuó su avance hacia el punto en el mapa que los drones de reconocimiento habían logrado mapear, la nave enemiga no estaba demasiado lejos y cuanto antes se largaran de allí, antes podrían descansar de esas visiones de pesadilla. Continuaron caminando rodeando los túneles y evitando las áreas más peligrosas. A medida que se adentraban más en el paisaje agujereado de Filori-4 y la noche les alcanzaba en su punto álgido, los nervios se ponían de punta. Sabían que los carroñeros que habían derribado podían estar cerca, pero el terreno y las criaturas del planeta presentaban amenazas constantes que no podían dejar de lado.

En uno de esos momentos, un movimiento rápido en la maleza llamó su atención. Apenas lograron percibir un destello de pelaje marrón y un sonido seco, casi como un bufido, antes de que el animal desapareciera entre la vegetación. Parecía un cerdo salvaje, aunque con una estructura algo más robusta y compacta. La criatura se movía con rapidez, sus cortas patas lo impulsaban ágilmente

sobre el terreno plagado de agujeros y raíces. Sin embargo, lo que más los dejó perplejos no fue su rapidez, sino lo que habían vislumbrado por un instante: el cuerpo del animal también estaba plagado de aquellos misteriosos agujeros que parecían ser parte de la condición natural de todas las criaturas del lugar. Algunos de estos agujeros eran pequeños, tal vez solo lo suficiente como para exponer capas de músculo o grasa. Otros, en cambio, eran tan grandes que atravesaban de lado a lado a la criatura, como si el animal hubiese sido tallado con algún tipo de precisión extraña. A través de estos orificios se podían ver los órganos internos, tejidos pulsando, las costillas moviéndose al compás de la respiración, una imagen casi grotesca y fascinante a partes iguales. Resultaba un espectáculo desconcertante: algo que, en cualquier otro lugar, sería visto como una herida mortal, en este planeta parecía ser una característica más de la vida, una adaptación inexplicable que desafiaba la percepción de la naturaleza misma. El animal no parecía afectado por estas aperturas; se movía con la agilidad y energía de cualquier otra criatura salvaje en su hábitat natural, zigzagueando entre los obstáculos del suelo y desapareciendo rápidamente entre la espesura.

Los soldados contemplaron la bandada mientras cruzaba el cielo en un espectáculo desconcertante y fascinante a partes iguales. Aquellos animales, similares a los jergens de Pambel-2, se movían en perfecta sincronía, sus cuerpos oscilando con el viento mientras batían sus alas. Sus alas eran amplias y membranosas, sostenidas por un armazón óseo que se extendía como el esqueleto de un antiguo velero, y en cada batida, los rayos del sol se filtraban a través de los orificios que plagaban sus cuerpos, creando haces de luz que proyectaban sombras en el suelo, confiriendo al paisaje un aspecto surrealista.

Los agujeros en los cuerpos de estos seres eran de diversas formas y tamaños, algunos pequeños, apenas visibles desde la distancia, mientras que otros eran lo suficientemente grandes como para permitirles ver a través de ellos, atravesando por completo a los animales en pleno vuelo. Estas cavidades parecían dispuestas sin

un patrón aparente, perforaciones que se distribuían a lo largo de sus torsos, sus alas, e incluso a través de sus cabezas, como si los propios animales fueran más vacío que materia. Resultaba imposible no sentirse inquieto al observar esos espacios huecos, a menudo dejando al descubierto fragmentos del interior: tendones y músculos visibles, el latido de órganos que, de alguna manera, seguían funcionando a pesar de estar parcialmente expuestos.

Nyssa, en su papel de médico del equipo, inclusive con todos sus años de estudio en biología y medicina, observaba con creciente perplejidad. Aquella escena contrastaba con todas las leyes biológicas que conocía de cualquier planeta que hubiesen visto. Se suponía que el cuerpo de un organismo era una unidad, una estructura que debía ser íntegra para que las funciones vitales se mantuvieran en equilibrio. Sin embargo, ante ella, esos seres violaban por completo esa norma fundamental. La existencia misma de esas cavidades, sin signos visibles de cicatrización ni señales de sufrimiento o limitación en los movimientos de los animales, era una contradicción viviente. “¿Cómo es posible?”, se preguntaba, mientras su mirada seguía el vuelo de la bandada, sus ojos intentando encontrar algún indicio que revelara la lógica oculta en aquellos cuerpos. Los tejidos expuestos no mostraban signos de infección, y las funciones que debería proteger el cuerpo, el bombeo de la sangre, el movimiento de los músculos, todos se llevaban a cabo sin ningún obstáculo aparente. Los animales parecían completamente funcionales, ágiles y coordinados, lo cual iba en contra de cualquier explicación científica que Nyssa pudiera ofrecer.

Mientras intentaba hallar respuestas, sus pensamientos se arremolinaban como hojas en un torbellino, buscando un punto de referencia, alguna pista que le permitiera comprender. ¿Serían aquellas cavidades una adaptación evolutiva? ¿Una estrategia de defensa, una característica de algún proceso fisiológico desconocido? Pero nada encajaba. Los agujeros no parecían tener ningún propósito visible: no parecían ayudar en la locomoción, ni aumentar la capacidad de vuelo, ni proporcionar alguna forma de camuflaje. Y aún a pesar de todo, allí estaban, retando toda lógica

biológica, donde los animales no solo parecían prosperar con tales anomalías, sino que lo hacían en perfecta salud.
—Es como si la misma estructura biológica de estos animales hubiera sido perforada de manera que, de alguna forma, no les afecta vitalmente —murmuró Nyssa para sí misma.

—¿Qué dices, Nyssa? —preguntó Souz, al notar la preocupación en su rostro.

—Esos agujeros… No puedo entender cómo estos animales pueden seguir viviendo y funcionando con perforaciones tan grandes y en algunos casos, atravesando órganos vitales. Es como si la biología misma de este planeta hubiera desarrollado una adaptación radicalmente distinta a lo que conocemos.

—¿Crees que la Vitae Flora haya sido la responsable de crear alguna especie de evolución extrema? —preguntó Souz, interesado en la explicación.

Nyssa reflexionó por un momento antes de responder con su mente trabajando rápidamente, intentando unir las piezas del rompecabezas biológico que tenían frente a ellos.

—Podría ser. Pero necesitaría más datos para estar segura. Es posible que algo en este planeta, tal vez las plantas o algún agente biológico, haya forzado a la fauna a adaptarse de una manera que desafía nuestra comprensión actual de la biología —respondió Nyssa, visiblemente frustrada por la falta de respuestas claras—. Si esta planta tiene propiedades que afectan directamente a la biología de los organismos que la rodean, podría haber desencadenado una serie de mutaciones y adaptaciones en la fauna local —explicó Nyssa con curiosidad científica.

—¿Pero qué tipo de propiedades? —insistió Garek, buscando más detalles.

—Por lo que sabemos, la Vitae Flora tiene la capacidad de regenerar sus células a un ritmo excepcionalmente rápido, lo que le permite sobrevivir en ambientes hostiles. Si esas propiedades se

transfieren a los animales que interactúan con la planta, podríamos estar viendo una forma de simbiosis o incluso parasitismo benévolo, donde los organismos desarrollan estas cavidades sin sufrir daños letales —respondió Nyssa, aún desconcertada, pues había poco de benévolo en las visiones que ante ellos se presentaban.
—Lo que sucede aquí, no tiene la más mínima pinta de ser algo benévolo—, interrumpió Garek bufando incrédulo ante la explicación.

—Esto explicaría cómo esos animales pueden tener esos agujeros y a pesar de ello mantenerse vivos —añadió sin hacer demasiado caso a las palabras de su compañero, ajustando con firmeza el agarre en el multi-rifle mientras seguía vigilando los alrededores—. Pero también abre muchas preguntas sobre el impacto en este ecosistema. ¿Es esto una adaptación natural de la planta o el resultado de algún experimento biotecnológico fallido de la civilización que aquí prosperó? —Nyssa dejó la pregunta en el aire, consciente de que necesitaban más información para llegar a una conclusión definitiva.

—Cualquiera que sea la respuesta, no debemos perder de vista nuestra misión principal. Mantengamos la vigilancia y sigamos adelante —intervino Souz, cortando la conversación con autoridad —. No venimos a investigar la flora y fauna, nuestro objetivo es la exterminación de los implicados.

El equipo continuó su avance, cada uno procesando la información a su manera. El terreno seguía siendo una maraña de sorpresas, a medida que se adentraban más en el paisaje agujereado de Filori-4. Los misterios del planeta y las implicaciones de la Vitae Flora seguían girando en sus mentes mientras se dirigían hacia el punto designado como su objetivo. Estaban decididos únicamente a cumplir su misión, por lo que desentrañar los secretos de este extraño y peligroso mundo no les correspondía.

El camino hacia la estructura derruida fue arduo y lleno de obstáculos, pues el irregular terreno sumado a la extraña vegetación espinosa no le había facilitado en lo absoluto su avance. Rods tuvo que abrirse camino con cuidado, esquivando raíces y ramas que parecían querer atraparlo. A lo largo de su trayecto había encontrado restos de construcciones por aquí y por allá, desperdigados, y derruidos, muchos de los cuales solo consistían en reminiscencias de corroídos metales retorcidos. El dolor de sus heridas apenas disminuía, pero el deseo de encontrar una salida a aquel predicamento lo mantenía en movimiento. Finalmente, después de caminar tras lo que le pareció una eternidad, Rods llegó a la base de la edificación que había alcanzado a ver en la lejanía. Se detuvo un momento frente a la estructura, sus ojos recorriendo las superficies corroídas y las paredes erosionadas. Era un edificio antiguo, pero aún conservaba la esencia de lo que alguna vez fue, con paredes que se elevaban hacia el cielo, aunque ahora quebradas y cubiertas de enredaderas y musgo, evidencias de que el tiempo y la naturaleza habían reclamado su espacio. A pesar del desgaste, las líneas de su diseño revelaban que había sido construido por seres humanos: esquinas definidas, fragmentos de metal y restos de inscripciones ilegibles que evocaban el pasado. Lo que más le impactó, sin embargo, fueron los orificios que perforaban el edificio. A diferencia de las ruinas convencionales, donde el desgaste era el resultado del tiempo y de los elementos naturales, estos agujeros tenían un carácter extraño, inexplicable. Su forma era demasiado precisa, demasiado profunda para haber sido producto de una simple erosión. Algunos atravesaban paredes enteras, creando túneles oscuros y dejando ver el otro lado de la estructura. Al mirar a través de ellos, Rods podía ver fragmentos del cielo, la jungla más allá y los retorcidos contornos de las ruinas que se extendían alrededor.

La simetría era inquietante, los bordes de los agujeros eran pulidos, como si hubiesen sido esculpidos con una herramienta desconocida, o, peor aún, por algo no natural. Parecía como si el edificio hubiese sido atacado por una fuerza que no solo quería destruir, sino que

buscaba dejar una marca, una señal de su paso. Era imposible no compararlos con los agujeros que había visto en los animales y en la propia vegetación del planeta; como si aquello fuera una constante, una característica común que afectaba a todo en ese lugar, indiferente al material o a la forma de vida. Una vez que estuvo lo suficientemente cerca, Rods tocó con cuidado una de las paredes agujereadas. El frío del metal oxidado contrastaba con la aspereza de las enredaderas que se aferraban a la superficie. Un escalofrío le recorrió la espalda, una sensación visceral de que estaba entrando en un lugar que ya no pertenecía al mundo de los humanos, sino a algo diferente, algo que había transformado aquella construcción para sus propios fines, dejándola llena de vacíos, tal y como había visto en cada criatura del planeta.

Con cautela, Rods entró en aquel edificio cuyo interior estaba lleno de escombros, pero también de indicios de que alguna vez fue un lugar lleno de actividad. Los rayos del sol se colaban por las perforaciones, proyectando haces de luz que bailaban en el interior de la estructura, creando un paisaje onírico y al mismo tiempo inquietante. El contraste entre la luz y las sombras convertía el interior en un laberinto de formas cambiantes. En el interior había fragmentos de maquinaria, contenedores y otros objetos estaban esparcidos por el suelo, por lo que inmediatamente, viendo la monumental tarea que tenía por delante, Rods comenzó a buscar frenéticamente, con la esperanza de encontrar algo útil. Mientras escudriñaba entre los escombros, sus ojos se posaron en algo que le llamó la atención, lo que le hizo detenerse en seco: restos humanos. Los huesos estaban esparcidos por el suelo, formando macabros montones, algunos aun posando con la forma humana a la que habían pertenecido antaño y otros más desperdigados, probablemente por el paso del tiempo. Sin embargo, lo que más le llamó la atención no fue solo la presencia de los esqueletos, sino los enigmáticos orificios que proliferaban en ellos, similares a los agujeros que había visto en todas partes a lo largo de lo que había podido observar en este planeta.

Los huecos se situaban caóticamente y se encontraban presentes desde los alargados huesos femorales hasta los cráneos de aquellos individuos fenecidos. Lo normal hubiese sido pensar que habían sido víctimas de un ataque con algún arma de energía, pero dadas las circunstancias del entorno, lo más seguro sería pensar diferente, como si algún tipo de criatura o fuerza desconocida hubiera perforado estos restos de una manera deliberada y precisa. Los cráneos, en particular, eran perturbadores, con agujeros que atravesaban donde debían haber estado las cuencas de los ojos y otras cavidades que se extendían desde la base hasta la parte superior del cráneo, lo que le hizo sentir un escalofrío recorrer su columna vertebral.

La vista de aquellos restos le hizo cuestionarse sobre la verdadera naturaleza del peligro que acechaba en aquel planeta. Sin embargo, no tenía tiempo para detenerse a pensar demasiado sobre ello. Necesitaba encontrar suministros y con algo de suerte, un medio que le permitiese ubicar el lugar de aterrizaje de la corbeta enemiga. Avanzó con cautela, su cuerpo dolido por las heridas, pero su mente centrada en el objetivo, continuó buscando, necesitaba dejar de lado aquello y enfocar sus pensamientos en encontrar suministros y cualquier cosa que pudiera ayudar a Zira y Dares. No mucho después, llegó a lo que parecía una entrada, un arco parcialmente colapsado que llevaba a una cámara más amplia. Al cruzar el umbral, Rods sintió un cambio en el ambiente, como si la estructura misma se volviera más opresiva. Las paredes de aquella cámara también estaban marcadas por los agujeros, pero aquí eran más grandes, más profundos. Algunos dejaban entrar haces de luz que iluminaban el centro de la sala, mientras que otros se abrían hacia la oscuridad, creando sombras que se extendían como tentáculos en el suelo. Estaba completamente solo, rodeado de los restos de un pasado perdido, de un misterio que parecía repetirse en cada rincón de ese planeta. Y mientras contemplaba los agujeros, esos vacíos que atravesaban la estructura y la realidad misma, no pudo evitar preguntarse si alguna vez lograría salir de ese sitio.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, encontró un viejo baúl con indumentaria médica en relativamente buen estado. Contenía suministros médicos básicos, pero aquello era mejor que nada. Con el botín asegurado, Rods decidió explorar un poco más. Encontró una pequeña sala que parecía haber sido utilizada como laboratorio o puesto de investigación. Había terminales de datos antiguos y dispositivos científicos dispersos por todas partes. Uno de los terminales todavía estaba parcialmente operativo, emitiendo un débil resplandor azul. La maquinaria estaba en mal estado, cubierta de polvo y telarañas, pero aún se mantenía en pie. Rods comenzó a inspeccionar los paneles de control, esperando encontrar algo que pudiera utilizar.

—Vamos, tiene que haber algo útil aquí —murmuró mientras examinaba los controles.

Finalmente, después de unos minutos de búsqueda, sus esfuerzos fueron recompensados. Encontró una consola muy vieja pero aparentemente funcional. Estaba cubierta de polvo y suciedad, pero Rods sabía que era su mejor oportunidad.

Limpió la superficie de la consola y comenzó a manipular los controles. La pantalla parpadeó y mostró signos de vida. La señal era débil y los niveles de energía bajos, la consola emitió solo un pitido, pero al menos era señal de que podría ser usada. Rápidamente, intentó configurar el vetusto equipo, mucho más antiguo que cualquier cosa con la que hubiese lidiado en su planeta natal, y comenzó a buscar alguna función que le permitiese escanear la zona. La pantalla parpadeó y mostró una serie de archivos y registros de datos. La curiosidad le embargó por un momento y Rods comenzó a leer, sin embargo, no entendió demasiado de aquella parafernalia técnica, por lo que desistió, nada de aquello le sería de utilidad en estos momentos, aunque eso le había permitido decidirse a cambiar de objetivo. Su prioridad en este instante era regresar a la Duwino a pesar de lo que Zira le había indicado. No quería quedarse solo en aquel planeta y estaba seguro de que si los militares le encontraban, no dudarían en acabar con él.

Por lo que ahora que contaba con el material médico extra, poseía una esperanza renovada, Rods tomó el material médico y se apresuró a regresar, dejando encendidos aquellos equipos que había manipulado.
El camino de vuelta fue aún más dificultoso, pero la urgencia de ayudar a sus compañeros le impulsaba a seguir adelante, por lo que las extrañas plantas y los inquietantes agujeros en el terreno serían un tema que dejaría de lado. El viaje de regreso a la Duwino fue un trayecto dificultoso y pesado, pues aunque Rods iba sosteniendo el botín médico con fuerza, este pesaba considerablemente, especialmente mientras se movía con cautela entre el agreste terreno y la extraña vegetación que cubría la superficie de aquel lugar los cuales no facilitaban en absoluto la ya de por sí complicada tarea. Cada paso que daba se sentía pesado, no solo por el terreno desigual y la espesa maleza, sino también por el peso de la responsabilidad y la urgencia que se había instaurado en su mente por salvar a sus compañeros ahora que había encontrado algo con lo que podría ayudarles. Aunque de otro modo, esto también era lo que le proporcionaba las fuerzas para hacer caso omiso de su persistente dolor y seguir adelante.

El cielo comenzaba a oscurecer inexorablemente, señal de que la noche se acercaba rápidamente, las sombras alargadas que se proyectaban en los misteriosos agujeros en el suelo creaban un paisaje aún más inquietante. Por su parte, Rods intentaba no pensar en las historias de criaturas nocturnas, pues el solo pensar en ello hacía que su actual estado de vulnerabilidad le calase hasta los huesos. Esta era la razón por la que en estos momentos procuraba ocupar sus pensamientos, en una única misión: llegar a la Duwino y entregar los suministros médicos. A mitad de camino, se encontró con un cráter particularmente profundo y oscuro. Tuvo que rodearlo, lo que le hizo perder varios minutos preciosos. Mientras avanzaba, sintió que algo se movía a su alrededor, pero cada vez que se giraba para encontrar al culpable, no veía nada. Por una parte, temía que los militares le estuviesen siguiendo y, por otro lado, le preocupaba convertirse en la presa alguna criatura, cualquiera de

las opciones le parecía igualmente aterradora. La paranoia comenzaba a instalarse en su mente, pero se obligó a seguir adelante, Rods tropezó varias veces, una de las cuales casi le hizo caer en un profundo agujero, dejándole presente lo crucial que era mantener la concentración bajo la oscuridad que se había instaurado a su alrededor.

Finalmente, después de una considerable caminata de regreso, a lo lejos, vislumbró la silueta familiar de la Duwino, o lo que quedaba de ella. La nave estaba medio enterrada en el suelo, con varias secciones completamente destruidas. Los restos se alzaban como un monumento trágico a la dura batalla que había enfrentado y bajo la cual había sucumbido. Con un último esfuerzo como quien corre al final de una larga carrera, Rods corrió tan rápidamente como sus cansados pies se lo permitieron hacia la nave. El casco destrozado ofrecía varias entradas no planeadas, pero él se dirigió hacia la fisura más grande, misma a través de la cual había salido previamente. Se deslizó a través de la abertura, sintiendo un alivio inmediato al estar de vuelta, aunque consciente de que el peligro aún no había pasado.

Dentro de la nave, el ambiente era aún más opresivo. La oscuridad y el silencio solo eran rotos por los goteos de extraños líquidos y el chisporroteo ocasional de los agonizantes sistemas dañados. Rods avanzó rápidamente hacia donde Zira estaba tendida, luchando por mantenerse consciente.

—Encontré un botiquín de implementos médicos —anunció Rods jadeando de agotamiento, mostrando el hallazgo con una mezcla de alivio en su voz al encontrar a Zira aún con vida. Sus manos temblaban ligeramente mientras sostenía el maletín desgastado, y el gris polvo del planeta se mezclaba con el sudor en su rostro, creando manchas de suciedad.

Zira, al ver los suministros, esbozó una débil sonrisa que apenas logró dejar escapar, resaltando el sudoroso rostro agotado por el extenuante dolor.

—Así que no huiste como una sabandija cobarde, ¿eh, muchacho? —dijo Zira con algo de una admiración que luchaba por emerger entre el dolor que la aquejaba—. Estoy segura de que Vark hubiese estado orgulloso. Te has enfrentado a lo que parecía un destino oscuro y has vuelto con algo que puede hacer la diferencia, no eres tan inútil después de todo.

Sus palabras eran un pequeño consuelo en medio de aquella precaria situación en la que se encontraban. Le miró con una gratitud que trató de esconder tanto como le fue posible, sus ojos reflejando el alivio que le presentaba un escape a un destino que ya daba por sentado. Sin embargo, su rostro mostraba también un atisbo de tristeza por la información que estaba a punto de anunciar. Desafortunadamente, Zira había tenido que aceptar la dura realidad de la muerte, con tristeza ante una batalla perdida, anunció:

—Desgraciadamente, ya es muy tarde para el pobre Dares. Ahora ha pasado a mejor vida. Hice todo lo que pude para ayudarle, pero su tiempo ha terminado.

Zira se giró hacia Rods, señalándole con un gesto que indicaba aquello que necesitaban realizar, comenzó a examinar el contenido del botiquín. Rods la observaba, intentando retomar el aliento que le había costado llevar aquello a duras penas en aquella tenue atmósfera que apenas le permitía respirar con dificultad.

—¡Vaya, pero si esto es más viejo que mi tatarabuelo! —espetó Zira, alzando una ceja mientras inspeccionaba los frascos y utensilios del equipo médico con resignación. La apariencia anticuada y el estado deteriorado de los suministros no inspiraban mucha confianza, pero en ese momento, cualquier cosa que pudiera ayudarla era bienvenida.

—Solo espero que no me vaya peor usando estos trastos viejos —añadió ella con un tono de amarga ironía, intentando mantener el humor a pesar de la seriedad de su delicada situación. Sus manos trabajaban con rapidez y precisión, tratando de encontrar los recursos disponibles de la mejor manera posible.

—Lo lamento, fue lo único que logré conseguir —aseguró Rods, apenado por no haber encontrado algo más moderno o en mejor estado. Sintiendo algo de frustración y culpa, como si aquel equipo médico viejo fuera una prueba más de los límites de su inexperiencia.

Zira, reconociendo el esfuerzo y la valentía de Rods, asintió lentamente, aún agradecida con esta nueva oportunidad que se le presentaba.

—No importa. Bien hecho, Rods —dijo con una voz más suave—. Has hecho lo que podías con lo que tenías.

Con un suspiro, comenzó a trabajar con el equipo médico, dando instrucciones precisas a Rods para que pudiera asistirla en el tratamiento, ya que sabían que el tiempo no estaba de su lado y que cada movimiento debía ser ejecutado con cuidado. Mientras Rods aplicaba los vendajes de auto-compresión, ella preparaba los medicamentos, ambos enfocados en reparar su pierna lo mejor posible. Tan solo iluminados por la débil luz de una lámpara de mano y la tenue luz del cielo estrellado que se filtraba a través de las grietas del casco, creando un ambiente claustrofóbico.

—Capitán, mire hacia allá —dijo Garek señalando hacia una decolorada edificación que se alcanzaba a ver sobre una colina—. Hay una luz encendida allí.

Tanto Souz como Nyssa voltearon a ver hacia donde su compañero les señalaba, prestando especial atención en la visión que su óptica infrarroja les proveía y en efecto, se alcanzaba a ver un punto luminoso dentro de aquella edificación.

—¿Habrán ido a refugiarse allá esas sabandijas? —preguntó Nyssa curiosa.

—Probablemente sí. Quizás esa es nuestra mejor oportunidad de acabar con ellos, antes de que puedan enviar una señal con su ubicación. Seguramente sabían que iríamos tras de ellos en su nave, por lo que probablemente hayan ido a refugiarse allá. No

podemos permitir que la existencia de este endemoniado mundo se esparza —ordenó Souz, su voz firme.

El equipo se reunió en torno a Souz, listos para recibir instrucciones.

—Nos acercaremos con cautela. No sabemos cuántos son ni qué tipo de armamento tienen. Cambiemos al visor nocturno, Garek, lidera el avance con tu multi-rifle. Nyssa, tú y yo iremos detrás, preparados para cualquier eventualidad que se presente.

Lian—, llamó a través de su intercomunicador—, mantente en contacto con los drones y actualiza el mapa en tiempo real. Necesito un escaneo de aquella colina, no quiero nada de emboscadas.

¿Cómo vas con esa reparación Thal? —preguntó de igual forma a través del intercomunicador—. Asegúrate de que nuestra nave esté lista para una evacuación rápida si las cosas se ponen feas.

—Entendido, capitán —respondieron todos al unísono.

Con cuidado, el equipo comenzó a avanzar hacia la edificación. El terreno seguía siendo traicionero, con cada paso sintiéndose como una apuesta sobre suelo frágil. El viento ululaba al soplar a través de las enigmáticas aberturas, creando un ambiente aún más inquietante mientras se acercaban a su objetivo.

—Mantengan la formación y estén listos para cualquier cosa —ordenó Souz en voz baja.

A medida que se acercaban a la colina, la luz en la edificación se hizo más evidente. Por otro lado, los vestigios de una presencia humana se iban volviendo cada vez más frecuentes, aunque desprovistos de cualquier característica que los hiciera claramente identificables. Todo lo que quedaba de aquel pasado eran fragmentos, sombras de una civilización que alguna vez intentó afianzarse en ese hostil planeta. A menudo encontraban los restos de alguna estructura corroída, paredes que habían sido arrancadas de sus cimientos o plataformas metálicas ahora convertidas en amasijos de óxido, apenas reconocibles como algo creado por el hombre. La selva, en su incesante expansión, había devorado gran

parte de esos recuerdos del pasado. Las raíces de enormes árboles se enroscaban sobre lo que alguna vez fueron esquinas bien definidas, levantando y partiendo los cimientos, mientras las enredaderas trepaban por las estructuras con una persistencia que solo la naturaleza podía poseer. Los escombros, cubiertos por la vegetación, se fundían con el entorno, quedando casi completamente ocultos bajo un manto de hojas y musgo, perdiendo cualquier rastro de su origen. Los límites entre lo natural y lo artificial se habían borrado, creando un paisaje en el que todo parecía pertenecer a la jungla, incluso aquello que una vez tuvo un propósito distinto. Pero lo más enigmático, lo que más llamaba la atención y ponía en duda cualquier intento de comprender ese lugar, eran los agujeros que plagaban todos los restos. Las estructuras, los objetos, las placas metálicas; todos presentaban aquellos orificios irregulares y arbitrarios, de tamaños y formas variadas, como si hubieran sido marcados por la misma fuerza inexplicable que había afectado a la fauna y a la flora del planeta. Las perforaciones, algunas pequeñas y precisas, otras tan grandes que atravesaban de lado a lado los restos, la mayoría de las veces hacían imposible determinar qué función tuvieron aquellos objetos y estructuras en el pasado. Los bordes de los agujeros estaban desgastados, corroídos por el tiempo, y muchas veces al mirar a través de ellos solo se veían fragmentos del espeso follaje que los rodeaba. Algunas piezas aún conservaban ciertos rasgos distintivos, como viejas marcas o patrones grabados que sugerían su origen humano. Sin embargo, entre el desgaste del tiempo y los extraños agujeros, todo parecía haber perdido su esencia, convertido en reliquias de una era olvidada que se negaba a revelar sus secretos. Era como si el planeta mismo hubiera absorbido la historia de esas construcciones, despojándolas de su identidad, integrándolas en su tejido para que formaran parte de algo más vasto e impenetrable. Todo cuanto alguna vez fue construido para conquistar a la naturaleza había sido reducido a ruinas sin identidad, agujereadas, vacías, como si el propósito original de su existencia hubiera sido olvidado.

Y así, entre raíces, enredaderas y agujeros que parecían multiplicarse, continuaban su avance. No quedaba nada de los que habían venido antes que ellos, salvo esos fragmentos desconectados, testimonios de una lucha perdida contra el paso del tiempo y los misterios que gobernaban ese mundo. La sensación de que estaban atravesando un lugar donde el pasado había sido deliberadamente ocultado, como si el planeta tuviera algo que proteger o mantener en secreto, los acompañaba en cada paso, como una sombra que nunca los abandonaba. Una vez que hubieron llegado al sitio designado, la estructura parecía pertenecer a una antigua instalación, probablemente abandonada hace mucho tiempo, pero aquella luz indicaba signos de vida reciente, por lo que era seguro que allí encontrarían a los sobrevivientes carroñeros. La vegetación y los escombros que la rodeaban indicaban que no había sido tocada por manos humanas en mucho tiempo, excepto quizás por aquellos nuevos e indeseables ocupantes que pronto serían exterminados.

Cautelosamente, ingresaron a aquella vieja edificación, donde un par de huellas recientes marcaban el polvo del suelo, indicando que alguien había pasado por allí no hacía mucho.

—Atentos —susurró Souz, mientras con las manos daba instrucciones a Garek y Nyssa para que se desplegaran en formación táctica.

En silencio, los tres individuos se desplegaron en formación, avanzando con el objetivo de localizar a sus presas. Llevaban puestos y activados los dispositivos de visión nocturna, pues la oscuridad ya había envuelto casi por completo el entorno, dejando solo las estrellas como fuente de luz. Con la agilidad propia de un equipo acostumbrado a trabajar con eficiencia, revisaron cada una de las salas y habitaciones de aquel lugar, encontrando solo la inquietante soledad y ecos de su propia presencia. No hubo éxito en localizar a sus objetivos, lo que les permitió relajarse un poco mientras desactivaban sus dispositivos de visión nocturna y reactivaban las lámparas de sus cascos.

—Ciertamente, al menos uno de ellos vino aquí, aunque ya no esté —aseguró Garek, observando las huellas con detenimiento.

Nyssa se acercó a una mesa cubierta de polvo, donde algunos objetos parecían haber sido movidos recientemente. Examinaron lo que parecían ser restos de antiguo equipamiento científico.

—Parece que solo usaron este lugar como un punto de paso, quizás tenían la esperanza de encontrar algún medio de comunicación— comentó Nyssa, mientras tomaba con la mano una pequeña pieza de vieja tecnología que parecía ser una unidad de memoria abandonada por los antiguos habitantes de ese lugar.

Garek, que había estado revisando otra parte de la sala, se acercó con un pequeño dispositivo en la mano.

—Capitán, encontré esto. Parece una especie de sistema de registro de información —sugirió Garek.

Souz asintió, tomando el aparato y examinándolo con detenimiento mientras le daba vueltas entre sus dedos.

—Buena idea, Garek encontraste más basura, yo también encontré uno igual y por allá hay muchos más dispersos por todas partes—, dijo Nyssa en tono burlón mientras aventaba aquel dispositivo de memoria y comenzaba a observar con curiosidad algunos de los extraños esqueletos humanos con huecos que estaban amontonados en un rincón de aquella sala.

—He visto esto antes, es viejo, pero debe ser una unidad de memoria de principios de la guerra de los Cismas. Conéctalo a aquella consola de allí —indicó Souz, señalando uno de los viejos paneles que se encontraban encendidos desde su llegada—. Podríamos encontrar respuestas.

—Dame un momento, capitán —respondió Garek quien se dirigió a acatar la instrucción.

—No han ido muy lejos, capitán. Esta es nuestra oportunidad para atraparlos antes de que tengan tiempo de organizarse o escapar —

dijo Nyssa, mientras jugueteaba con su mano derecha con una extraña semilla que había encontrado mientras exploraba la esquina opuesta de aquella sala.

Al conectar el dispositivo, algunas imágenes con texto comenzaron a ser proyectadas frente a ellos. Los datos comenzaron a fluir, revelando fragmentos de información sobre lo que había sucedido en Filori-4. Aquel espectáculo inmediatamente llamó la atención de los tres quienes observaban en silencio, cada uno intentando asimilar la información que se estaba desplegando ante ellos.

Zira avanzaba con dificultad, cada paso dolía horrores debido a su pierna herida, incluso tomando en consideración el dispositivo improvisado que permitía transferir el peso de su pierna al muslo, el dolor seguía presente y se intensificaba con cada movimiento. Aquel dispositivo era únicamente un recurso temporal, una solución de emergencia que le permitía moverse con algo de estabilidad, pero no podía sustituir completamente el confort de una pierna sana. Rods, cargando parte del peso de Zira, luchaba por mantenerse erguido. El dolor en sus costillas rotas se hacía sentir con cada respiración. Sus músculos estaban tensos y exhaustos, el trayecto que había tenido que recorrer hasta este momento sumado al esfuerzo adicional de cargar con el peso adicional que representaba Zira apoyándose en él a cada paso hacía que cada tramo avanzado fuera un tormento. El calor continuaba siendo sofocante, aun tomando en consideración que la noche había caído hacía tiempo. La selva era un trayecto dificultoso, sumado a lo irregular del terreno y los ruidos que alcanzaban a percibir que les ponían los pelos de punta, todo ello les motivaba a querer llegar a su única opción de escape cuanto antes. A pesar del dolor y fatiga que se iban incrementando, mantenía una esperanza que dependía de que llegaran con suficiente tiempo a la corbeta, por lo que su papel en esta situación era crucial para la supervivencia de ambos, dado que él no tenía la más remota idea de como pilotar una nave.

En este momento ambos se dirigían hacia la ubicación de la corbeta militar, por fortuna, una fracción de los sistemas de la Duwino funcionaron el tiempo suficiente para que mientras Rods se ausentó, Zira los manipulara para obtener información valiosa, lo que ahora les había permitido obtener una dirección aproximada de la ubicación de la nave atacante. La pantalla rota del monitor de navegación de la Duwino, usando el último suspiro de energía que le quedaba, había revelado una dirección general a la cual deberían dirigirse. La corbeta, en estos momentos, no solo era una opción, básicamente podría ser su única oportunidad de escapar con vida de aquel sitio infernal.

El terreno era irregular, caminaban casi en la absoluta oscuridad, tan solo iluminado por la luz proveniente del cielo estrellado y en más de una ocasión las oquedades en el suelo les hicieron caer a ambos soltando vociferaciones producto del dolor que aquello les había llegado a ocasionar. La lámpara hacía horas que se había agotado y ahora solo dependían de sus sentidos y la tenue iluminación con la que Rods no solo tenía que sortear los fragmentos de rocas esparcidas por la superficie del planeta, sino también debía evitar los cráteres y los huecos que parecían hundirse hasta profundidades insondables. La extraña vegetación crecía de manera caótica alrededor, con plantas que inquietantemente parecían moverse y cambiar de forma bajo la tenue luz de las distantes estrellas. Zira se apoyaba en Rods, con su brazo enredado alrededor de su hombro, mientras él trataba de mantenerse en pie y avanzar con cautela.

A medida que se acercaban a la ubicación de la corbeta, Rods mantenía los ojos alerta. Cada sonido, cada movimiento en la distancia, lo ponía en alerta y hasta este momento no habían sido pocos los sonidos y movimientos que alarmantemente se habían hecho presentes en la cercanía de su trayecto. En estos momentos ambos se lamentaban no haber tomado las armas que el capitán Vars portaba en su cinturón, en realidad, ambos estaban suficientemente cansados y adoloridos como para que en su momento hubiesen considerado como una opción cargar con peso

extra de un arma, pero ahora, en medio de aquella abrumadora oscuridad plagada de extraños ruidos, esa decisión les parecía en extremo desatinada. Sabía que la corbeta militar podría estar equipada con sistemas de detección avanzados y que el peligro de encontrarse con una patrulla o un grupo de soldados era real, pues no tenían ni la más mínima idea de a cuantos combatientes habían enviado tras ellos. Sin embargo, la esperanza de encontrar la corbeta con laxa vigilancia era el motor que impulsaba sus complicados pasos, por más doloroso que el trayecto les resultase.

Zira, con la frente sudorosa y el ceño fruncido por el dolor, se esforzaba por mantenerse consciente, aquella débil atmósfera no ayudaba y la dificultosa respiración agregaba un nuevo nivel a las complejidades que debían sortear. Su mente estaba enfocada en el objetivo, en algún punto se había resignado a abandonar la vida, pero aquello había pasado a segundo plano cuando vio regresar a Rods con el equipo médico, otorgándole un nuevo deseo de mantenerse con vida. A pesar del sufrimiento, en estos momentos su espíritu era inquebrantable. Sabía que cada minuto contaba y a pesar del dolor que cada paso atormentaba a su sistema nervioso, estaba en el entendido que tenían que aprovechar cualquier ventaja que pudieran obtener, lo que incluía llegar con celeridad.
Mientras avanzaban por aquel irregular terreno, Rods escuchó los quejidos de ella, por lo que intentó iniciar una conversación para desviar la mente de Zira del dolor que claramente la atormentaba. Su objetivo era distraerla y, al mismo tiempo, obtener más información sobre la misión en la que se habían embarcado y ahora estaba a punto de cobrarse sus vidas.

—¿Qué es este organismo que debíamos recolectar aquí? —preguntó Rods con un tono que trataba de parecer casual, aunque el dolor y el cansancio en su voz eran claramente evidentes.

Zira, a pesar de su indiscutible malestar, hizo un esfuerzo por responder. —Supongo que el que lo sepas, a estas alturas, ya no importa —comenzó con una sonrisa débil—. Se trata de muestras de una semilla pertenecientes a una especie de planta

extremadamente rara que se encuentra solo en este planeta. La semilla tiene un núcleo de un grosor aproximadamente del tamaño de un dedo y cuenta con un par de espirales que se giran en direcciones opuestas entre sí en la base del núcleo de la misma.

Rods asintió, intentando recordar si se trataba de aquellas que había visto a lo largo de su trayecto cuando no mucho antes se había dirigido hacía el derruido edificio donde había logrado encontrar los insumos médicos, por lo que dirigió su mirada hacia el suelo en búsqueda de algo que se ajustara a esa descripción durante su tortuoso trayecto. Mientras caminaban, su mirada fija en el suelo, esforzándose por ver en la oscuridad, notó algunas de las semillas que Zira describía esparcidas por el terreno rocoso y polvoriento.

—¿Te refieres a estas semillas? —preguntó Rods, señalando hacia el suelo, donde había un número significativo de aquellas semillas que parecían tener un patrón espiral en su superficie.

Zira se detuvo un momento para mirar hacia donde Rods señalaba. Sus ojos, aunque cansados, brillaron con un destello de reconocimiento. —¡Exactamente! ¡Son esas! —afirmó con seguridad —. Aunque, para ser honesta, ahora ya no importa mucho. Si nos atacaron, es probable que el cliente que deseaba obtenerlas haya sido fuertemente interrogado, lo que habrá revelado nuestra ubicación y objetivo. Eso significa que, en este momento, obtener las muestras ya no tiene sentido, aquel infeliz avaricioso probablemente ha pasado a otra vida. Nuestro enfoque ahora debe ser llegar a la corbeta y sobrevivir a toda costa, no te distraigas.

A pesar del dolor que Zira sentía, su mente se mantenía aguda y estratégica. —Necesitamos usar las últimas reservas de nuestra energía y concentrarnos para asegurarnos de llegar rápidamente a la corbeta. Después de eso, podremos reconsiderar nuestras opciones y planificar qué hacer a continuación.

El trayecto hacia la corbeta se volvía cada vez más difícil. Las semillas, ahora vistas bajo una nueva luz, parecían más un

recordatorio de una misión fallida que de una posibilidad de éxito y riquezas aguardando su retorno.

—¿Y qué pasa si llegamos allí y la corbeta está bajo fuerte vigilancia? —preguntó, queriendo prepararse para cualquier escenario posible.

Zira, con una expresión grave, respondió: —Si la corbeta está bajo fuerte vigilancia, tendremos que idear un plan para abordarla sin ser detectados. Aún tenemos algo de tiempo para evaluar la situación una vez estemos cerca. Lo importante en este momento es llegar allí.

Con esas palabras en mente, ambos continuaron su difícil marcha. El destino de ambos dependía de su prontitud para superar el terreno accidentado, pero en mayor medida, dependían simplemente de su suerte y lo que el destino les deparara.

—¡Ahora! ¡Ejecuta la prueba de presión! —le gritó a Lian, quien se encontraba en los controles de la corbeta, a través del intercomunicador de su casco mientras colgaba de una cuerda que lo mantenía pegado al casco de la nave. La gravedad de aquel planeta aunado a la altura en la que se encontraba trabajando, hacía que cualquier movimiento en falso pudiera dejarlo caer con fuerza al suelo, pero Thal estaba acostumbrado a trabajar bajo estas condiciones extremas.

—De acuerdo—, respondió Lian al otro lado de la línea mientras activaba una serie de válvulas de control que permitían presurizar la zona del casco que había sido afectada—, ya está, revisa la presión.

Thal comenzó a buscar fugas de presión en la gruesa placa de metal que recién acababa de soldar a modo de parche en el casco de la nave. El calor de la soldadura residual aún emitía un leve resplandor rojizo por el calor, y aquellas pequeñas partículas que habían caído se observaban alrededor, brillando de forma similar a la luz de las estrellas que se observaban en el cielo.

Usando un líquido que burbujearía en caso de encontrarse con alguna fuga de aire, comenzó a examinar meticulosamente cada centímetro de la soldadura. Intentaba de que cada respiración fuese lenta y controlada, pues con tanta actividad física, cada exhalación empañaba brevemente el visor de su casco. A medida que aplicaba el líquido, sus ojos se mantenían fijos en la superficie del parche recién soldado, buscando cualquier señal de burbujas. Encontró un par de fugas, por lo que nuevamente gritó a través del intercomunicador.

—¡De acuerdo! ¡Ya apágalo! —gritó a través del intercomunicador, mientras se disponía a tomar nuevamente la antorcha de soldadura, con la que durante horas se había concentrado en reparar el enorme boquete que el proyectil recibido había causado. El proyectil, producto del ataque desesperado por parte de la nave enemiga, había dejado un agujero lo suficientemente grande como para comprometer la integridad de la corbeta.

Con movimientos precisos, Thal volvió a encender la antorcha, con el resplandor azul de la flama, iluminando el sudoroso y cansado rostro que se apreciaba a través del visor de su casco. La iluminación, producto de la soldadura, destacaba en aquella oscuridad casi absoluta que les rodeaba en aquel extraño mundo. Las chispas volaban en todas direcciones mientras trabajaba, y una iluminación claramente visible proyectaba una sombra con la forma de su silueta. Recordó que el capitán Souz junto con los que se habían marchado con él tenían ya cierto tiempo sin comunicarse, pero estaba consciente de que el capitán detestaba que se preocupasen por él, por lo que no se atrevió a abrir su canal de comunicación. Se cabrearía y seguramente le echaría bronca si se atrevía a interrumpirlo, tan solo se limitaría a desempeñar la tarea asignada, pues todos dependían de su éxito, los compañeros que confiaban en él para mantener la nave en un solo trozo y asegurar que su medio de regreso fuese seguro. El sudor le corría por la frente, pero no se permitía un momento de descanso para poder limpiarse.

Finalmente, después de un par de minutos que allá arriba colgado le parecieron horas, Thal completó la soldadura de las fugas adicionales. Apagó la antorcha y observó su trabajo, las líneas metálicas brillantes y recién selladas. Esta vez, no aparecerían burbujas, estaba seguro de su trabajo. Sonrió, aliviado, y contactó a su compañera nuevamente.

—¡Lian! ¡Una vez más! ¡Actívalo! —gritó esperanzado de que por fin pudiese bajar de aquella incómoda posición en la que se encontraba trabajando las últimas horas.

Lian, confiada en la habilidad de su compañero, respondió con rapidez, y activó las válvulas pertinentes, con lo que la prueba de presión se inició de nuevo. Thal tomó nuevamente el líquido de detección y se preparó para repetir el proceso de verificación. Aplicó el líquido con cuidado en las áreas recién soldadas, observando atentamente. Efectivamente, el parche estaba completo, sin burbujas, que delatasen fuga alguna. La placa de metal recién agregado relucía bajo la tenue luz estelar contrastando con el oscuro casco de la corbeta y Thal pudo confirmar que el trabajo aguantaría el tiempo suficiente hasta que volvieran a un puerto de la federación para realizar adecuadas reparaciones necesarias.

—Prueba de presión completada. Sin fugas. —dijo con satisfacción, dejando escapar un suspiro de alivio, puesto el éxito de esta reparación le dio una sensación de logro y tranquilidad, ya que finalmente podría descansar un poco.

—¡Buen trabajo! —Respondió Lian con un tono de alivio en su voz —. Vamos a poder salir de esta. Regresa al interior cuando estés listo.
Lian confiaba en el trabajo de Thal y no era solo por el aprecio que le tenía, también era plenamente consciente de la increíble gama de habilidades con las que su compañero le podía llegar a sorprender.

Thal, colgando aún del arnés de seguridad, miró a su alrededor una última vez, tomando consciencia del inquietante ambiente que, sin que él se hubiese dado cuenta, se había instaurado a su alrededor

mientras había estado concentrado en su tarea. Las estrellas titilaban a lo lejos, y a su alrededor, la extraña vegetación se movía perturbadoramente.

—De acuerdo, déjame juntar las herramientas y te alcanzo adentro —respondió, mientras terminaba de descender, comenzando a recoger sus herramientas con manos hábiles pero cansadas. La antorcha de soldadura, el equipo de detección y otros implementos fueron guardados cuidadosamente, cada uno en su lugar correspondiente en el cinturón de herramientas.

Conforme descansaba del trabajo recién terminado, sentía cómo la tensión acumulada en sus músculos empezaba a relajarse, especialmente en las piernas, donde había cargado todo su peso al estar colgado. Las últimas horas habían sido estresantes, llenas de improperios y cansancio, pero ahora, con la tarea completada, la verdadera fatiga comenzaba a hacer mella en su cuerpo. Mientras terminaba de juntar aquellas herramientas que había usado, alcanzó a oír un paralizador ruido proveniente de la espesa y oscura vegetación cercana. Se detuvo, escuchando con atención, con su corazón acelerándose ante el inesperado sonido. El ruido era inconfundible, un susurro inquietante que rompía la calma del entorno que hasta este instante había reinado en aquel sitio.

Escuchó un himplar no solo de una dirección, sino de por lo menos tres distintas. Definitivamente no estaba solo. La posibilidad de estar rodeado por criaturas desconocidas lo llenó de una sensación de peligro inminente, razón por la cual instintivamente se llevó la mano a donde debería estar su multi-arma, un dispositivo versátil y esencial para su supervivencia, especialmente en situaciones peligrosas. Pero amargamente se dio cuenta de que la había dejado en la caja de herramientas, que estaba lejos, en la entrada de la corbeta.

En aquel momento, lamentó haber sido holgazán y no querer cargar con el peso de aquella multi-arma, la cual le había parecido demasiado pesada mientras estaba colgado allá arriba trabajando. La seguridad de su equipo había parecido suficiente en ese

momento, pero ahora, enfrentado a aquella amenaza, esa decisión le parecía un error monumental.

El sonido en la vegetación se intensificaba, y Thal sabía que debía actuar rápidamente. Miró alrededor, buscando algo que pudiera usar como arma improvisada, pero las herramientas que tenía a mano no eran adecuadas para defenderse. Su mente trabajaba a toda velocidad, evaluando opciones. Retroceder hacia la corbeta y recuperar su arma era una posibilidad, pero el riesgo de exponerse más a lo que fuera que acechaba en la vegetación era alto. Probablemente, había sido la luz proveniente de la antorcha de soldadura lo que había atraído aquellas bestias, quizás aquello había sido lo que hasta estos momentos las había mantenido alejadas a raya, no importaba ya, estaba rodeado y seguramente no podría correr demasiado antes de que le dieran alcance. Con el corazón martilleando en su pecho, Thal tomó una decisión con la esperanza de que la armadura de su traje le protegiera lo suficiente. Manteniendo la calma, comenzó a moverse lentamente hacia la corbeta, con movimientos lentos y silenciosos, se movía poco a poco, con cada paso acercándolo a la caja de herramientas y a la seguridad de su multi-arma. Mientras avanzaba, el sonido en la vegetación parecía seguirlo, como si las criaturas estuvieran al tanto de su presencia y se estuvieran acercando. Silenciosamente, haciendo uso de su canal de comunicación, Thal pidió a Lian ayuda.

—¡Lian, Lian! —susurró, elevando inconscientemente el volumen de su voz—. Lian, ven aquí, trae tu arma, estoy rodeado.

Su compañera, quien en ese momento se encontraba absorta en las lecturas de los monitores, frunció el ceño al escuchar el tono urgente de Thal. Sin perder tiempo, respondió.

—¿Qué pasa? ¡Voy!—, gritó preocupada, mientras rápidamente corría a tomar su multi-rifle al no obtener respuesta de Thal. La falta de información detallada y el nerviosismo en la voz de su compañero eran razones suficientes para hacerle entender que algo serio estaba ocurriendo, probablemente los contrabandistas le habrían arrinconado, pensando en lo peor, aceleró a toda prisa

dirigiéndose a la esclusa de presión habiendo olvidado su casco junto con su dispositivo de comunicación.

Thal después de retroceder tan lentamente como sus nervios se lo permitían, finalmente alcanzó la entrada en el lateral de la corbeta. La oscuridad de la vegetación se movía con vida propia, y apretó los dientes, preparado para lo que vendría. Después de retroceder tan lentamente como sus nervios se lo permitían, finalmente alcanzó la entrada de la corbeta. Sin perder un solo segundo de su tiempo, se lanzó hacia la caja de herramientas y recuperó su multi-arma, listo para enfrentar lo que fuera que estaba oculto entre las sombras. Pero en aquel instante, bajo el cobijo de la oscuridad nocturna, tres enormes y negras figuras que le recordaron a esbeltos osos o usulesites salvajes se abalanzaron sobre él. Antes de que siquiera pudiera empuñar correctamente su multi-arma, las terribles bestias, plagadas de agujeros que dejaban entrever sus vísceras, cayeron sobre él sin piedad. Thal sintió el primer golpe como un choque de trenes, la abrumadora fuerza lo arrojó y al intentar recobrarse solo pudo tambalearse producto de aquel violento impacto. Su instinto de supervivencia lo hizo tratar de levantar su arma, pero las criaturas no le dieron tiempo. Cada una de ellas, con garras afiladas y dientes mortales, se lanzaron sobre él, rompiendo su armadura como si esta fuera de papel. El dolor fue insoportable, su cuerpo siendo desgarrado mientras intentaba luchar. Los gritos de dolor y el sonido de los huesos rompiéndose crearon un eco macabro que saturó aquel salvaje sitio.

Las criaturas rugieron de satisfacción, con sus vacíos e inmutables ojos brillando con una voracidad insaciable. En cuestión de segundos, aquella armadura, diseñada para protegerlo en los entornos de combate más hostiles, fue inútil contra la ferocidad de sus atacantes. Finalmente, cada una de las criaturas se llevó una parte del desafortunado botín, con sus mandíbulas cerrándose firmemente alrededor de la carne y el metal, arrancando trozos del desafortunado Thal, cuya vida se acababa de desvanecer. Tan pronto como atacaron fue que se retiraron, dejando tras de sí un reguero carmesí como única prueba de su hambre y brutalidad, una

gran mancha roja había quedado salpicada contra el frío y oscuro metal de la nave. La escena era un testimonio trágico del valiente ingeniero de combate que, a pesar de su habilidad y coraje, había encontrado un final horrible a manos de las desconocidas bestias autóctonas de aquel salvaje planeta.

Dentro de la nave, Lian, al escuchar los terribles sonidos provenientes de la entrada, corrió hacia el lugar con el corazón latiendo, desbocado, temiendo lo peor. Al llegar y ver la horrible escena que confirmaba sus peores sospechas, una sensación de horror y pérdida le invadió. La imagen de las criaturas huyendo con los restos de su compañero sería algo que nunca olvidaría, la furia se apoderó completamente de su mente. Thal era un buen amigo y no dejaría aquello sin zanjar, estaba completamente segura de que esos malditos contrabandistas de alguna manera habían provocado la muerte de su compañero y lo pagarían caro, por lo que corrió detrás de aquel rastro de muerte, adentrándose irremediablemente en la oscuridad de la vegetación para no volver a ser vista.

Finalmente, después de un extenuante trayecto, a lo lejos, comenzaron a distinguir una silueta débilmente iluminada por las luces que esta exhibía por sobre la maleza circundante, lo que les facilitó enormemente la tarea de ubicar el armatoste. La corbeta militar se alzaba ante ellos, parcialmente oculta entre las sombras de la vegetación, a lo lejos parecía intacta, como si el ataque de la Duwino no le hubiese causado daños mayores lo que en cierta medida, en estos momentos era un alivio, pues no se descartaba la posibilidad de que pudiera despegar. Aunque desde la lejanía daba la apariencia de no demostrar señales obvias de actividad, bien podría tratarse de una trampa, por lo que, Rods y Zira se detuvieron a una distancia segura para observar con mayor detenimiento. Según la observación preliminar, la corbeta estaba anclada en un área relativamente despejada, pero el entorno circundante estaba lleno de escombros y rocas que podrían proporcionar cierta cobertura para evitar ser detectados.

—Creo que hemos llegado —dijo Zira evidentemente agotada—. La corbeta está justo allí. Necesitamos ser cautelosos. Si dejamos que nos detecten, será demasiado tarde, no tenemos armas y no habrá forma de escapar.

Rods asintió, respirando con dificultad, mientras observaba con detenimiento la nave intentando buscar signos de actividad. Sabía que el siguiente paso era crucial. Tendrían que acercarse con sigilo, buscando cualquier señal de patrullas o sistemas de seguridad. Además, en caso de ser lo suficientemente afortunados, debían explorar la nave y encontrar un modo de utilizarla para su escape o por lo menos encontrar un sitio para esconderse y viajar de polizones. Con cuidado, se acercaron poco a poco a la corbeta, Rods mantenía sus sentidos agudizados, y Zira trataba de mantenerse igualmente alerta a pesar de su dolor, cuidando cada paso que estaba calculado para evitar ruidos innecesarios.

La misión ahora era clara: encontrar una forma de abordar la corbeta, asegurar que estuviera desprotegida y explorar las posibilidades para su escape. Conforme iban acercándose lentamente a la nave, ocultándose detrás de cada objeto que podían usar como cobertura, notaron con sorpresa y alivio que no había ninguna patrulla vigilando el perímetro de la nave. Este descubrimiento renovó sus esperanzas, pero ambos eran conscientes de que no debían confiarse, bien podría tratarse de una trampa.

Rods hizo un gesto a Zira para que se quedara en su lugar mientras él avanzaba unos metros más. Con una mezcla de cautela y rapidez, se movió hacia una roca grande que estaba situada más cerca de la corbeta. Su corazón latía con fuerza mientras inspeccionaba el entorno, buscando cualquier señal de movimiento o vigilancia. Nada, ningún signo de actividad reciente, la nave parecía totalmente abandonada, salvo algunas herramientas regadas en la sección frontal donde aparentemente habían estado trabajando en colocar un considerable parche metálico, no logró distinguir nada relevante.

—No veo a nadie —murmuró Rods cuando regresó al lado de Zira —. Pero eso no significa que podamos bajar la guardia.

Zira asintió, tratando de aparentar en su rostro una máscara dolor reprimido. —Tienes razón. Debemos proceder con la máxima cautela.

Siguiendo la dirección de Rods, se movieron sigilosamente hacia la corbeta, utilizando cada sombra y cada objeto que podían como cobertura. El silencio del entorno solo era roto por el suave susurro del viento y el crujido ocasional de escombros bajo sus pies. Finalmente, llegaron a la base de la corbeta. La nave era imponente, digna de un artilugio militar, con su fuselaje oscuro y anguloso, reflejaba la tenue luz de las estrellas. Lograron llegar a la base del punto de impacto que la Duwino había acertado durante el combate librado en órbita, ahora estaba reparado con una gruesa placa metálica. Evidentemente, se habían tomado tiempo para prepararse para despegar, por lo que ver aquello solo había obligado a Rods estar todavía más atento a cualquier señal de peligro. Examinó la superficie exterior, buscando una forma de acceder al interior sin activar ninguna alarma.

—Allí, mira —dijo Zira, señalando una pequeña escotilla tenuemente iluminada en el costado de la nave—. Es probable que podamos entrar por ahí sin ser detectados.

Rods asintió y se acercaron a la escotilla, aunque el horror se apoderó de ellos al darse cuenta de que en la entrada de esta, junto con un reguero de herramientas, había una mancha carmesí de indudable procedencia que había salpicado incluso el fuselaje de la corbeta. La vista de la sangre fresca hizo que un escalofrío recorriera la espalda de ambos. La incertidumbre sobre lo que había causado aquello les llenó de un incontrolable temor, y con pavor, comenzaron a imaginarse posibles escenarios en los que ellos pudieron haber sido las víctimas de lo que fuese que allí hubiese sucedido a lo largo de su trayecto hasta este sitio. La desesperación que aquel miedo les desencadenó, solo se incrementó con la necesidad por entrar a la seguridad de la nave, lo que casi les hizo

olvidar que debían ser sigilosos. Sin embargo, Rods, recuperando el sentido de la precaución, levantó una mano para indicar a Zira que se detuviera. Se inclinó hacia adelante, examinando la mancha más de cerca. No solo era sangre; había fragmentos de tejido desgarrado, lo que indicaba que algo realmente terrible había sucedido en ese punto.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó Rods en un susurro.

—No lo sé, pero no pinta bien y no quiero averiguarlo, así que olvídate de ello y entremos ya —respondió Zira con voz temblorosa producto del evidente dolor en su pierna.
Después de unos momentos de angustia, la escotilla se abrió con un suave chirrido, Rods ayudó a Zira a subir, y juntos entraron en la corbeta. El chirrido de los goznes incrementó el miedo que ya sentían, pues habiendo roto el silencio temían haber sido descubiertos, pero no hubo ningún movimiento ni sonido en respuesta, ya fuese desde la vegetación o desde el interior de la nave. Con un último vistazo a la inquietante vegetación que dejaban atrás, Rods, creyendo haber visto un par de brillantes ojos ocultos entre la espesura, rápidamente se deslizó dentro, cerrando y asegurando la compuerta de la cámara de presión. El interior de la nave estaba en absoluto silencio, una tranquilidad únicamente rota por el suave zumbido de los sistemas en modo de espera. Con los pasillos iluminados solo por luces de emergencia también en modo de baja energía. Rods y Zira avanzaron lentamente, atentos a cualquier signo de movimiento o sonido que pudiera delatar la presencia de enemigos.

—¿Ves algo? —susurró Zira, mientras Rods avanzaba con cautela por el pasillo.

—Nada todavía —respondió él, con los sentidos aguzados—. Pero mantengámonos cerca.

—¿Por qué no hay nadie aquí? —murmuró Rods, más para sí mismo que para ella.

—Podría ser que estén todos en la Duwino, buscándonos —respondió ella en un susurro—. O tal vez es una trampa, vayamos a la sala de control, allí podremos estar seguros de encontrar a quienquiera que esté a bordo.

Se removieron el calzado y avanzaron lentamente, con pasos amortiguados por las acolchadas plantas de sus pies para no hacer más ruido que les pudiese delatar. Cada puerta que pasaban, Rods la inspeccionaba rápidamente, esperando no encontrar más señales de violencia. Finalmente, llegaron a lo que parecía ser la sala de control. Las consolas estaban iluminadas, pero no había signos de lucha.

—Todo parece normal aquí —dijo Rods, permitiendo que un pequeño respiro de alivio escapara de sus labios.

—Eso es lo que me preocupa —respondió Zira nerviosa—. Si hubo una lucha, ¿dónde están los cuerpos? ¿Y por qué no hay nadie aquí?

Rods se giró hacia ella, sus ojos reflejando la misma inquietud. —Tal vez… tal vez quien los atacó ya se fue, dejando la nave abandonada, también viste la mancha de afuera, ¿no?

Zira negó con la cabeza. —No tiene sentido. Nadie dejaría una corbeta militar abandonada, así como así. Debemos estar preparados para cualquier cosa.

El destino de Rods y Zira pendía de un hilo, y mientras se adentraban en la oscuridad de la corbeta, hacia el puente de mando, el silencio que se había apoderado de la fase nocturna del planeta se hacía cada vez más inquietante. Pero la voluntad de salir con vida de aquel endemoniado planeta era lo único que los mantenía en movimiento. Su futuro dependía de lo que encontrarían a bordo y de cómo manejarían aquello.

El video que se proyectaba delante de ellos mostraba el reporte de un científico que resumía los eventos ocurridos en Filori-4.

—La Inanis, un organismo vegetal autóctono del planeta, poseía una peculiar característica que no se había observado en ningún otro organismo. Usando sus poderosas raíces, iba perforando el suelo en el que había sido plantada la semilla, consumiendo los nutrientes que este proveía, incluso en los entornos más hostiles y fríos. La Inanis había sido diseñada por el particular mecanismo de evolución de este planeta para obtener nutrientes de lugares poco favorables para otras especies, cuando nuestra civilización llegó aquí la planta ya presentaba estas características.

—Con sus hojas terminadas en cinco puntas, el organismo pasa toda su vida utilizando sus especializadas raíces para ahondar huecos en el sustrato sólido —explicaba el científico en el video—. Estos huecos eventualmente funcionan como su refugio y fuente de nutrientes.

La proyección mostraba imágenes de la planta en diversas etapas de su ciclo de vida. Las raíces de la Inanis se extendían en todas direcciones, creando una pequeña red de túneles y cavidades que permitían a la planta sobrevivir en el duro y frio entorno de Filori-4.

El video continuaba, profundizando en los detalles sobre la Inanis. En sus inicios, la planta no había sido perjudicial; era simplemente una especie más con un comportamiento peculiar: la creación de cilíndricos orificios conforme crecía.

—La Inanis no fue inicialmente considerada una amenaza —decía el científico en el video—. Al contrario, era vista como una curiosidad botánica con un comportamiento inusual, el de perforar el suelo con sus raíces.

El informe visual mostraba imágenes de la planta en sus primeras etapas de estudio, destacando su inofensiva apariencia sumada a su hábito de crear orificios.

—Lo que realmente captó la atención de la comunidad científica fue su capacidad para modificar y alargar indefinidamente la división telomérica de las células —continuaba el científico—. Si bien el descubrimiento de esta increíble propiedad se dio de forma aleatoria

y un tanto casual, como parte de la investigación regular para el aprovechamiento y modificación de organismos, no pasó mucho antes de que se comprendiera el alcance de ello. Esta capacidad, si se comprendía y controlaba adecuadamente, podría significar un avance sin precedentes en la biotecnología.

—La Inanis, gracias a su metabolismo único, podía romper el límite Hayflick de división telomérica en otros organismos. Esto significaba que las enzimas producidas por células de la planta podrían permitir a otras células dividirse indefinidamente sin envejecer, algo que ningún otro organismo más complejo que celentéreos habían logrado de manera natural —continuó el científico.

La proyección mostraba gráficos y datos sobre los estudios iniciales, donde los científicos de Filori-4 habían descubierto que la Inanis contenía una sustancia capaz de influir en los telómeros de las células. Los telómeros, que normalmente se acortaban con cada división celular, eran responsables del envejecimiento y la eventual muerte de las células. Sin embargo, la sustancia producida por la Inanis parecía evitar este proceso, permitiendo una división celular indefinida.

—Esto era, esencialmente, el santo grial de la biotecnología —dijo el científico—. La inmortalidad celular. Las aplicaciones potenciales eran innumerables: desde la medicina regenerativa hasta la mejora de la longevidad humana. En los humanos la cantidad de veces que las células se pueden dividir, es cerca de las cincuenta veces, gracias a esta planta, la teoría indicaba que podría extenderse a los miles o millones de divisiones.

—Nuestra investigación avanzó rápidamente. Descubrimos que al introducir extractos de Inanis en otros organismos, estos también podían experimentar una prolongación de su vida celular. Inicialmente, los resultados de las primeras pruebas en organismos complejos fueron prometedores. Animales de laboratorio mostraban signos de rejuvenecimiento y una notable resistencia a enfermedades y deterioro celular —relataba el científico, mientras las imágenes mostraban animales en jaulas y placas de Petri llenas

de muestras. La proyección mostraba los laboratorios de la colonia en pleno apogeo, con científicos trabajando febrilmente para aprovechar esta capacidad de la planta. Había un entusiasmo constante en aquella grabación, mientras se llevaban a cabo experimentos y se recopilaban datos. Sin embargo, la euforia inicial pronto se convirtió en preocupación.

La proyección cambió de tono de manera abrupta, mostrando imágenes de un lugar que parecía haber sido transformado de un centro de investigación a un complejo militar. Los pasillos antes llenos de un entusiasmo científico se vieron reemplazados por la marcha ordenada de soldados y la presencia imponente de vehículos blindados. Equipos de investigación fueron movidos para dar lugar a maquinaria pesada, y los laboratorios, una vez llenos de esperanza, ahora se convirtieron en el escenario de un nuevo tipo de investigación, una donde el objetivo ya no era entender a la planta Inanis, sino explotarla con un fin específico: la guerra.

Las grabaciones mostraban a los científicos trabajando bajo una presión diferente, sus rostros marcados por la decepción y el agotamiento, mientras los líderes ahora bajo supervisión militar vigilaban cada paso. Los experimentos, antes motivados por la curiosidad y el deseo de descubrir, ahora se llevaban a cabo con un frío objetivo, buscando convertir las propiedades únicas de la planta en un arma que pudiera inclinar la balanza a favor de la Federación en la devastadora guerra de los Cismas que ahora había alcanzado a Filori-4. Siendo previamente un enclave de conocimiento, ahora se había transformado en una fábrica de sueños bélicos, un intento desesperado de cambiar el curso del conflicto con un solo golpe.

El video mostraba a los científicos en laboratorios, modificando genéticamente la Inanis con el objetivo de optimizar las cualidades de producción de la sustancia que extendía la vida. Al principio, parecía un avance prometedor, pero pronto los resultados comenzaron a ser inesperados y alarmantes.

Los experimentos se intensificaron. La planta Inanis, que había fascinado a los botánicos por su complejidad y potencial energético,

fue sujeta a pruebas más agresivas, más arriesgadas. Los laboratorios comenzaron a llenarse con figuras en trajes de protección, mientras los datos recolectados sobre su comportamiento eran analizados con un enfoque obsesivo. La euforia inicial que los científicos habían mostrado en los primeros días, en las primeras proyecciones, se fue desvaneciendo a medida que se adentraban más y más en terrenos desconocidos, empujados a límites que no habían previsto. Los descubrimientos ya no eran motivo de celebración, sino de inquietud. Aunque en numerosas ocasiones se les explicó a los líderes de la Federación los riesgos crecientes de continuar con los experimentos, cómo la planta Inanis estaba resultando ser mucho más inestable de lo previsto, y de cómo la presión para acelerar el desarrollo de un arma estaba llevando al borde del desastre. Pero la guerra de los Cismas no daba tregua. Los enfrentamientos se recrudecían y el Pentavirato avanzaba cada vez más cerca de los sistemas centrales de la Federación. Las voces de advertencia de los científicos fueron ignoradas, y las órdenes llegaron claras: no se detendría ningún experimento hasta que se obtuvieran resultados concretos que pudieran inclinar la guerra a su favor. La desesperación de la Federación ante la amenaza del Pentavirato llevó a que los riesgos fueran considerados necesarios, y las vidas de los colonos de Filori-4 y la estabilidad del planeta fueron sacrificadas en aras de un potencial poder bélico.

—Al modificar genéticamente a la planta con el objetivo de potenciar sus características, obtuvimos resultados que nunca habríamos anticipado —continuó el científico en el video—. La Inanis comenzó a demostrar una inexplicable capacidad para perforar cualquier material. No solo dejaba agujeros en la suave tierra sobre la que era plantada, sino que también comenzó a mostrar signos de perforar materiales, impensables, desde el nano-vidrio hasta el meta-concreto.

Las imágenes mostraban cómo las raíces de la planta, antes manejables y controladas, comenzaron a expandirse y perforar diversas superficies en el laboratorio. La tecnología de los

investigadores, diseñada para contener y estudiar la planta, parecía insuficiente frente a la nueva y perturbadora capacidad de la Inanis.
En las imágenes proyectadas aparecía un ejemplo de aquello, con alarmas sonando estridentemente, mostrando cómo el laboratorio era evacuado de manera caótica. La planta, una vez vista como la solución, ahora parecía ser una amenaza latente.

—No pasó mucho tiempo antes de que comenzáramos a observar los primeros signos de parasitismo infeccioso sobre tejido orgánico —dijo el científico, mientras la proyección mostraba a animales de prueba que se veían afectados por las raíces de la planta. Estos animales, que originalmente estaban destinados a estudios de comportamiento, comenzaron a mostrar signos de haber sido perforados, la Inanis había comenzado a tratarlos como si fueran simple sustrato para su crecimiento.

—Lo que no anticipamos fueron las consecuencias a largo plazo. La Inanis no solo influía en la división celular, sino que también alteraba la estructura genética de los organismos de maneras que no comprendíamos por completo. Los animales comenzaron a desarrollar características inesperadas, como por ejemplo que los agujeros en sus cuerpos no causaban dolor y tampoco la muerte de los infectados, —dijo el científico, con un tono sombrío y en el rostro un semblante terriblemente demacrado.

Las imágenes mostraban a los animales de laboratorio con las mismas cavidades que el equipo había logrado observar en la fauna local. Estas alteraciones genéticas no solo afectaban a su apariencia, sino también a su comportamiento y organismo en formas impredecibles.

—Sin embargo, a medida que los estudios avanzaban, comenzaron a surgir más problemas —explicaba el científico—. La Inanis no solo afectaba a las células humanas; su influencia comenzó a extenderse por todo el ecosistema. Las alteraciones genéticas provocadas por la planta eran impredecibles y en muchos casos, peligrosas. Ahora la planta, al tener acceso a una nueva gama de nutrientes, comenzó a mostrar evidencia de gigantismo insular.

Las imágenes cambiaron a escenas de animales locales, mostrando mutaciones y adaptaciones extremas que habían surgido como resultado del contacto con la planta. Criaturas con agujeros en sus cuerpos, similares a los observados por el equipo de Souz, aparecían en la pantalla.

—La comunidad científica y el gobierno intentó contener y controlar estos efectos, pero la situación se nos fue de las manos —continuó el científico—. La colonia se vio abrumada por las consecuencias no previstas de aquellos experimentos. Para este momento, la voz había corrido y a la Inanis se le había comenzado a llamar Vitae Flora.

—La situación se descontroló rápidamente. La fauna local, expuesta accidentalmente a las raíces y extractos de la Inanis, comenzó a mutar. Los cambios genéticos se propagaron a través del ecosistema, creando un entorno completamente alterado y peligroso. La planta, que inicialmente era solo una curiosidad científica, se convirtió en el catalizador de una catástrofe biológica a niveles incontrolables —explicó el científico, mientras las imágenes mostraban el caos en la colonia.

—La influencia de la Inanis se extendió a cotas inimaginables. La planta ahora crecía descontroladamente, devorando cuanto organismo, roca y ciudad encontraba a su paso, creciendo exponencialmente sin límites ahora que podía consumir casi cualquier cosa. Dejando enormes cavidades por donde la infección se extendía, transformando el paisaje del planeta en un laberinto perforado y devastado.

Las últimas escenas mostraban los laboratorios vacíos, los pasillos abandonados, una desolación que contrastaba rotundamente con el bullicio inicial de la investigación. El video mostraba imágenes de la devastación resultante: vastas áreas de terreno reducidas a un paisaje desolado, edificios colapsados, y ciudades enteras devoradas por la planta. La colonia en Filori-4, que había florecido como un bastión del conocimiento y la ciencia, ahora no era más que una sombra, destruida por el mismo fervor con el que había sido

construida. La Inanis no discriminaba; su avance era implacable y todo lo que se interponía en su camino se convertía en parte de su red de raíces.

—No pasó demasiado tiempo antes de que las personas también experimentasen los efectos de la infección —continuó el científico, mientras el video mostraba imágenes de sujetos humanos afectados por la Vitae Flora.

Los sujetos presentaban perforaciones en sus cuerpos, similares a las que se observaban en los animales y el entorno. La planta invadía sus sistemas, extendiendo sus raíces y usando a los humanos como nuevos vectores para su propagación.

—Los individuos infectados extenderán las semillas sin control —explicaba el científico, con un tono de desesperación—. No sentirán dolor mientras la planta realiza su horrible ciclo, por lo que para cuando se den cuenta ya será demasiado tarde. Los organismos afectados no solo presentarán perforaciones en sus cuerpos, sino que también comenzaran a mostrar comportamientos erráticos que diseminarán la infección.

Las imágenes mostraban a personas caminando con normalidad, sin percibir las raíces de la Inanis extendiéndose dentro de sus cuerpos y otros más comportándose de manera errática. Algunos de los rostros de los infectados mostraban una calma inquietante, ajenos al terrible destino que les aguardaba. Los orificios resultantes emergían de sus pieles, dispersando semillas al viento, convirtiendo a cada individuo en un portador involuntario de la infección.

—La Inanis ha convertido a los infectados en agentes de su expansión —dijo el científico—. Cada ser humano, cada animal infectado, se convierte en un nuevo nodo en su red, esparciendo las semillas y perpetuando el ciclo de destrucción, para este punto de su evolución, la planta ya no necesita realizar procesos de fotosíntesis, toda su energía la obtiene a partir de los nutrientes adquiridos por sus voraces raíces.

—La capacidad de la Inanis para modificar y prolongar la vida celular, inicialmente vista como un avance revolucionario —continuó el científico cada vez más desesperanzado—, pronto se convirtió en una amenaza biológica de pesadilla. La planta comenzó a comportarse de manera parasitaria, atacando desde los organismos vivos, pasando por la inerte roca hasta las estructuras construidas por el hombre, poniendo en peligro no solo la investigación y la seguridad de la colonia, sino que el de toda la existencia.

Las imágenes mostraban a los desesperados habitantes intentando detener la planta usando lanzallamas y otros medios, mientras los sistemas de contención fallaban uno tras otro. Las ciudades se convirtieron en zonas de caos mientras la Inanis continuaba su expansión imparable, perforando y corrompiendo todo a su paso.

—Llegados a este punto la situación se ha vuelto insostenible —concluyó el científico—. Intentamos contener el brote y asegurar las áreas afectadas, pero la planta demostró ser demasiado resistente. La federación ha eliminado todo registro de que alguna vez existimos, la colonia fue puesta en cuarentena absoluta y la información será eliminada de los registros de la historia en un esfuerzo por evitar que el conocimiento de esta amenaza se difunda más allá de Filori-4.

—Este video será copiado miles de millones de veces en dispositivos de memoria para poder ser distribuido en tantos lugares de Filori-4 como sea posible para que tú, desafortunado espectador, seas consciente de que si ahora estas, aquí viendo esto, muy seguramente has sido infectado por la eterna maldición de la Inanis, llamada Vitae Flora, si te atreves a escapar de este lugar solo esparcirás las semillas de la aniquilación total a través de los mundos conocidos. Repito, no debes abandonar Filori-4 a riesgo de que la maldita infección lo consuma todo y a todos. Nada ni nadie estará a salvo si la Inanis abandona Filori-4.

El equipo de Souz observaba en silencio con horror el alcance de la devastación y la sofisticada estrategia de la planta para asegurar su

supervivencia y expansión, comprendiendo la magnitud del desastre que había acaecido en Filori-4. Aquel organismo, que inicialmente había sido visto como una promesa de avance científico respecto a la vida eterna, para posteriormente ser visto como la carta de triunfo de la Federación, finalmente se había convertido en la fuente del más absoluto y primigenio caos.

—Ahora entiendo por qué la federación quiere mantener este lugar en secreto —dijo Souz con preocupación—. Las muestras de la Inanis son demasiado peligrosas para permitir que su existencia y sus capacidades sean divulgadas.

—Tenemos que asegurarnos de que este conocimiento no salga de aquí —agregó Souz inquieto—. La seguridad de la federación y la de todos los mundos humanos podrían depender de ello.

No bien hubo terminado de decir aquellas palabras cuando, de improviso, la mano derecha de Nyssa captó su atención de una extraña forma, algo estaba mal, algo no cuadraba.

—Nyssa… ¿Qué… qué demonios le sucede a tu mano? —preguntó con voz temblorosa.

Ella, extrañada por aquella pregunta, levantó su mano con naturalidad hasta ponerla a la altura de su rostro. Inmediatamente, fue presa de un inenarrable horror que le hizo proferir el más sonoro grito que sus pulmones le hubiesen permitido, un alarido de horror apenas ahogado por el casco de su traje.

—¡No! —gritó Nyssa demencialmente, llena de pánico.

Su mano tenía un hueco que dejaba ver huesos y tejidos internos, y del hueco emergían un par de pequeñas hojas de cinco puntas. Sus compañeros, en shock, observaban en impotente silencio, sabiendo que la infección de Nyssa propagándose por su brazo era solo el comienzo del destino que les aguardaba en Filori-4. Nyssa, no aguantando aquella visión de pesadilla, se desmayó, teniendo una serie de horribles visiones donde podía ver como su brazo, cuya superficie comenzaba a ser plagada de pequeños agujeros, cada

uno perfecto en su forma, dispuestos en un patrón hipnotizante pero profundamente perturbador. Aquellos agujeros variaban en tamaño, algunos tan diminutos que apenas eran visibles, mientras que otros eran lo suficientemente grandes como para ser claramente definidos. La piel alrededor de estos agujeros era pálida y húmeda, dando la impresión de algo vivo, algo que respiraba y pulsaba bajo la luz tenue. Los bordes de los orificios estaban ligeramente elevados, y en algunos de ellos, una sustancia viscosa y brillante rezumaba lentamente, creando un grotesco contraste con la textura de su blanca piel. Cada orificio parecía mirarla fijamente, como primigenios ojos sin vida, y la sensación de ser observada desde múltiples puntos creaba un escalofrío que le recorría la columna vertebral. Había una inquietante simetría en aquella disposición, una perfección antinatural que hacía sentir su piel erizándose y el estómago revolviéndosele con aquel espectáculo. A medida que su mirada recorría el brazo infectado, el número interminable de agujeros daba la impresión de una infestación de pequeños abismos que podrían tragarse la mente en un torbellino de la más abyecta repulsión. La imagen era imposible de ignorar; parecía incrustarse en la retina, dejando un rastro de incomodidad persistente. Ciertamente, la Inanis no era solo una amenaza biológica salida de la más horrible pesadilla; era una ineludible maldición de la que no escaparían por toda la eternidad.

—¿Quién lo hubiera pensado, no lo crees? —preguntó Rods animado, sentado en el asiento derecho de la cabina de mando, al lado de Zira, quien se encontraba en los controles de la corbeta—. Una nave completamente lista para nosotros.

Aquella voluminosa corbeta despegaba trabajosamente de la superficie, lenta pero segura, alejándose de aquel suelo plagado de orificios. Rods observaba la pantalla de navegación con una mezcla de asombro y satisfacción. Habían logrado escapar de una situación que a todas luces parecía imposible.

—No cantes victoria aún, muchacho. Primero, debemos llegar a un planeta que no sospeche demasiado de esta nave. Por supuesto, no podremos ir a alguno de los mundos fuera de jurisdicción de la federación—. Dijo Zira, concentrada en los controles.

Rods, sin poder contener la emoción que esta oportunidad le presentaba, exclamó —¡Tengo una idea! ¿Qué opinas de ir directamente al planeta Tierra? Dicen que allí todos los sueños se cumplen.

Zira levantó una ceja y esbozó una sonrisa irónica. —Me parece una buena idea, pero es un sitio para ricachones. Nada conseguiremos si vamos con los bolsillos vacíos.

—No llegaremos con los bolsillos vacíos —respondió Rods con una enorme sonrisa mientras sacaba un puñado de aquellas semillas con doble espiral de los bolsillos de sus sucios pantalones—. Las recogí antes de entrar a la nave—. Aseguró mientras dejaba caer las semillas en el tablero, brillando ligeramente bajo la luz de la cabina, con sus formas de doble espiral que reflejaban la luz de los paneles de control en patrones hipnóticos al dar la apariencia de rotación.

Zira miró las semillas con sorpresa y admiración. —¡Bien pensado, chico! Estoy segura de que podremos venderlas por un buen precio. De acuerdo, entonces fijaré el rumbo a la Tierra, seguro que ningún detector orbital nos verá llegar con este trasto en modo de sigilo.

Mientras Zira ajustaba las coordenadas, Rods se dejó caer en su asiento, dejando que el cansancio acumulado se disipara. La corbeta se movía ahora con mayor velocidad alejándose de la superficie del extraño planeta y el vacío y oscuro espacio se extendía ante ellos, lleno de posibilidades.

—Sabes, siempre he soñado con visitar la Tierra —dijo él con voz llena de esperanza—. Desde niño, escuché historias sobre ese lugar. Un sitio donde todos los sueños se cumplen, no puedo esperar para ver qué nos depara el futuro—. Agregó sonriendo de oreja a oreja, sintiendo la emoción invadir su pecho.

NOTAS

ABOUT THE AUTHOR

Alejandro Varela



De día, un ingeniero adicto al café que trabaja en el diseño de equipos médicos y de noche es Bat… un escritor, igualmente adicto al café. Con una mente creativa y analítica, Alejandro ha llevado su formación en Ingeniería Robótica a nuevos horizontes, aplicando su destreza técnica para desarrollar soluciones innovadoras en el ámbito de la salud. Su amor por el género de ciencia ficción ha sido una fuente constante de inspiración para crear nuevas tecnologías e historias al alcance de todos.